



EDICIONES POPULARES

de los libros antiguos y modernos mas leidos en Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA ROSA DE CASTRO,

POR

M. PEDRO NAPOLEON BONAPARTE.

EDICION ILUSTRADA CON 7 GRABADOS.

Contiene un tomo en octavo.

PRECIO PARA LOS SUSCRITORES 1 REAL EN MADRID. 1 Y MEDIO EN PROVINCIAS.—PRECIO PARA LOS NO SUSCRITORES 4 RS.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION A CARGO DE DON G. ALHAMBRA.

1851.

BIBLIOTECA

UNIVERSAL

MUSEO ROMANTICO

1-VII

4

EDICIONES POPULARES

de los libros antiguos y modernos mas leidos en Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA ROSA DE CASTRO,

POR

M. PEDRO NAPOLEON BONAPARTE.

EDICION ILUSTRADA CON 7 GRABADOS.

Contiene un tomo en octavo.

PRECIO PARA LOS SUSCRITORES 1 REAL EN MADRID. 1 Y MEDIO EN PROVINCIAS.—PRECIO
PARA LOS NO SUSCRITORES 4 RS.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
A CARGO DE DON G. ALHAMBRA.

1851.

de los libros antiguos y modernos mas felices en Europa, enriquecidos con grabados de Grabados.

EDICIONES POPULARES
BIBLIOTECA UNIVERSAL
PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE DON ADEL TAYLOR DE LOS REYES

LA ROSA DE CASTRO.

FOR

M. PEDRO MARQUEZ BONAPARTE.

EDICION ILUSTRADA CON 7 GRABADOS.

Costa en un tomo en octavo

PRECIO PARA LOS SUSCRITORES 1 REAL EN MADRID, Y MEDIO EN PROVINCIAS.—INDICIO PARA LOS NO SUSCRITORES 4 RS



MADRID.

GENERALES Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SENADO EN MADRID, EN LA CALLE DE LA ESTRELLA, A CARGO DE DON G. ALVAREZ.

1851



Publicada bajo la
direccion de
D. A. F. de los Rios.

Una obra en un tomo en 8.º en cada entrega.
1 real cada una en Madrid, y 1 y medio en provincias franca de portes.

PRIMERA PARTE.

Una palidez mortal cubre su rostro: parece que sus violetas se mezclan con las flores de lis.

TASSO.

I.

Entre el gran ducado de Toscana y los estados pontificios, en medio de los paisajes mas pintorescos de las márgenes encantadoras del Fiora, subsisten las ruinas de una antigua torre; ruinas que han conservado el nombre de *Tor-Crognola*. En el año 1630 se elevaban dos torres sobre el suelo: el reducido espacio que las separaba, estaba ocupado por una construccion tosca; y el conjunto formaba un pequeño castillo gótico. Un hidalgo jóven, de Castro, propietario de una gran parte de la vasta llanura de la obadia, habitaba este castillo con algunos hombres de armas: compañía que los tiempos calamitosos y la costumbre general hacia indispensable. El valor y la beneficencia de Memmo, señor de *Tor-Crognola*,



Memmo salva a Rosa.

habian convertido á este hidalgo jóven en idolo de toda la poblacion de los *Maremmes*; y la principal ocasion, en la cual desplegó estas dos virtudes, fué en una invasion que intentaron los habitantes del Reime en el territorio de Castro.

A corta distancia de este castillo se ofrecia una perspectiva singular: en una de las cimas mas escarpadas del Montanto se elevaba la *Rocaccia*, vasta é irregular fortaleza feudal, que abrigada por la parte del Norte por los gigantescos bosques de la cadena de Montanto y de Castro, presentaba por el lado opuesto un frontispicio magestuoso, como lo son todavia sus ruinas, aun observadas á cierta distancia. El propietario del castillo, y al mismo tiempo de casi todas las tierras situadas en este lado del Fiora, era un magnate, cuyo nombre no se pronunciaba sino en voz baja en toda la comarca. Su pasado, lo ignoraba todo el mundo; y quizá hubiera sido peligroso conocerlo mucho: todo lo que relativamente á ello hubiera podido penetrar

la curiosidad mas reprimida por el terror, se reducía á que disfrutaba de un gran favor en la corte de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Castro, sin duda á causa de algun servicio militar. Ciertas circunstancias, y principalmente el acento de su lenguaje, hacían suponer que era lombardo. En todo el país solo se le conocía bajo el nombre de conde de Montanto. La Rocaccia hormigueaba de valientes, perdonavilas, matones de toda especie, que indudablemente no habían podido hallar un protector mas seguro. Y sin embargo, aunque el terrible conde fuese detestado generalmente, aunque todo galante evitase su encuentro como la peste, hallábasele á toda hora del día ó de la noche armado de pie á cabeza y cabalgando á través de las colinas y llanuras de Maremmes.

Y no creáis que este espanto general fuese un terror pánico é infundado; que este ódio universal fuese injusto; porque prescindiendo de las fechorías y vejaciones de sus satélites, el conde mismo no lo cedía al mas malvado de entre aquestos. Si alguna viuda, casada ó soltera, aun de la montaña ó la llanura, llegaba á parecerle hermosa, ¡desgraciada la pobrecilla! El deshonor y la infamia constituían la recompensa de los encantos que le habían seducido. Y si entonces algun hermano, padre, marido ó amante se propasaba, no á elevar la voz, sino únicamente á murmurar de tal suerte, que una palabra repetida llegase á oídos de uno de los satélites de la Rocaccia, los desgraciados podían dar su cuenta á Dios aquella tarde misma, ó al día siguiente: no se sabia ya de ellos, ó se les encontraba asesinados en algun camino. Los esbirros de Pedro Luis, duque de Farnesio y de Castro, no se mezclaban en semejantes asuntos; no se atrevían á aproximarse á dos leguas de distancia del territorio del conde: si encontraban alguna vez á él mismo, ó únicamente á uno de sus satélites, prodigaban sus saludos: y verdaderamente, comportándose de este modo, practicaban una cosa únicamente útil á su conservación personal. Algunos campesinos de Montanto, de Canino y de Cellere habían hablado de sacrificarse por la libertad de los Maremmes; pero definitivamente nadie se había hallado con valor para obrar; porque ademas que se verían terriblemente comprometidos al matar á un señor de tan alta alcurnia, existían pocos hombres que se creyesen capaces para arrostrar la desesperada audacia de que el conde daba diariamente pruebas, y que pudieran manejar bien, como él, la escopeta y la espada. Por otra parte, se recurrió muchas veces secretamente á los ministros del duque, y á Pedro Luis en persona; pero los primeros participaban del terror popular, desde que cierto juez, habiendo condenado á la horca á un bandido protegido por el conde, fué asesinado impunemente por orden de este señor, en pleno día, y en la calle principal de la ciudad de Castro: en cuanto al mismo duque, aunque en todas ocasiones procedió como amigo soberano de su pueblo y de la justicia, no quería se hablase mal del lombardo; ó de lo contrario.... De tal modo, que se hallaban gentes que afirmasen que el señor de la Rocaccia era hijo del mismo duque. Por otra parte, Gandolfi, el valiente mas acreditado de toda la ciudad, Cocchi y Zambini, que fueron conocidos despues como los asesinos de un pontífice, del malhadado Giarda, y todos los demas prosélitos y satélites de Farnesio, siendo cómplices de los crímenes y vicios del conde Montanto, profesaban á éste la amistad mas sincera, y formaban en derredor de su persona un partido poderoso, sirviéndole de compañeros en su licencia y orgías nocturnas, fuese en la Rocaccia, fuese en Castro mismo. ¿Qué podían, pues, hacer los pobres habitantes de Maremmes, contra aquel demonio encarnado, contra un señor tan temible por sí mismo, y tan bien respetado?

Al pie del monte Gricciano, en los dominios del señor de Montanto, se elevaba una torre cuadrada, que servía de apoyo á un cuerpo de edificio: vense todavía hoy los escombros de ella; que se la llama como se llamaba antiguamente el edificio, la torre de Gricciano. Habítala un hidalgo anciano, Meo de Ischia; quien habiendo servido desde su adolescencia bajo la bandera de los Farnesios, en todas las guerras que habían devastado toda la Italia, había llegado á ser uno de los primeros *condottieri*, empleados por estos príncipes, y había obtenido tambien el grado de teniente general de infantería. La edad y las dolencias ajenas á los veteranos le habían obligado á abandonar la vida de los campos; y para pagar á la administración del duque el alquiler de aquel casuchon, sacrificaba la mayor parte de la pension mezquina que le concedía Pedro Luis, harto poco reconocido relativamente á los antiguos servidores de su familia. Una hija única, modelo de virtudes, de gracia y de hermosura, constituía el orgullo y la felicidad del anciano guerrero. Lo módico de sus rentas le habían obligado á abandonar un país donde la vida era mas costosa: ademas que en Gricciano, el anciano Meo podía mantener casi diariamente su mesa frugal con la caza que mataba con su antigua escopeta: arma, en cuyo manejo, á pesar de la debilidad de sus órganos, era todavía maestro. Por lo demas, el valiente veterano hubiese sufrido toda clase de privaciones, antes que dejar faltasen á su querida Rosa los sencillos pero graciosos adornos que sus medios le permitían comprar; y que en vez de adornar á la linda é interesante jóven, recibían de ella un nuevo brillo. La Ro-

sa de Castro, la llamaban todos los campesinos de aquella comarca; los cuales amaban y respetaban igualmente á Meo que á su hija: la Rosa de Castro constituía casi la única sociedad de su adorado padre. En efecto, su servicio que se componía en un principio de la nodriza de Rosa y de la hija de aquella, hermana de leche de nuestra heroína, había quedado reducido únicamente á la anciana mujer; y la pobre Fioretta, tal era el nombre de la niña, se había visto precisada á reunirse con las demas jóvenes del país para ganar una subsistencia mezquina, manejando el escardillo ó la azadilla, ó entregándose á otros trabajos campesinos. Porque en aquellos siglos bárbaros, que no nos avergonzamos imitar, tales eran las ocupaciones toscas, á las cuales se condenaba muchas veces á ese sexo que Dios mismo, en un día de bondad, creó con una sonrisa para el amor y consuelo de los mortales.

II.

Era una tarde de noviembre: las nieblas que producen en los Maremmes las lluvias periódicas del otoño cubrían de densas nieblas las paredes mohosas de la torre de Gricciano. En una sala de este edificio, sobre una ancha mesa de encina, ardía un solo velon del género de aquellos que han dado nombre á los sombreros tricornos de nuestros venerables sacerdotes. Una muger anciana vestida con un corpiño de tela tosca de líneas azules, y un corsé en otro tiempo color escarlata, que el mucho uso había vuelto violeta, atizaba la torcida del velon, por medio de una horquilla que tenía en la mano derecha, mientras que con la izquierda hacia deslizar los avemaria y paternoster de un rosario, con cuyas oraciones murmuraba, mezcladas á veces con exclamaciones menos ortodoxas. Unos zapatos toscos, cubiertos de clavos y lodo; un *fazoletto* azul, puesto con descuido sobre los hombros, y una redecilla verde oscura completaban el traje nacional de la anciana Nena, la nodriza de la Rosa de Castro. Observando atentamente á través las arrugas que la desfiguraban la fisonomía y los azulados ojos de la buena señora, se hubiese descubierto en ellos no obstante esa espresion regañona, generalmente propia á la ancianidad del sexo débil; un fondo real de bondad, y por decirlo así, de heroica fidelidad, cualidades que por lo general son muy poco apreciadas entre las personas de esta edad y condicion.

Una jóven vestida con la misma sencillez estaba sentada en un taburete de madera, toscamente construido, al lado de un vasto hogar, en el cual resplandecía un fuego constantemente mantenido. Un vestido de color mas alegre, amarillo y con flores, un justillo azul, encordonado en la espalda por una cinta color de fuego; un calzado menos tosco; una falda encarnada y flamante indicaban sin embargo en la jóven mas esmero y cuidado de su persona. Su estatura elegante y esbelta, que se elevaba un tanto sobre la general, y cuyas formas se adivinaba á pesar de lo tosco del traje; su cuello de una blancura sorprendente, así como la parte de su pecho que el corsé no llegaba á cubrir, daban una idea imperfecta de todos los encantos de aquel ángel de los Maremmes. Dos trenzas rubias como el oro eran la única parte de su cabellera que no estaba cubierta por la redecilla, y un rostro digno del delicado pincel de la Albani. Un perfil griego, rasgados ojos azules, una boca diminuta, guarnecida de dientes blancos como el marfil, hubieran permitido á Fioretta figurar sin desventaja entre las bellezas mas célebres de nuestros salones. Sus lindas manos, y una parte del brazo, ofrecían por su blancura un contraste seductor con el azul oscuro de las mangas, remangadas tanto cuanto le permitía su escasa anchura. Tenía en la mano derecha un gran tenedor de acero que se sumergía casi todo en una vasta olla que hervía al fuego, porque se servía de este utensilio para probar si los manjares que contenía aquella estaban bien cocidos. Con la izquierda levantaba la tapadera; y en suma, la jóven de Ischia parecía absorta en sus funciones culinarias.

Una tercera persona del mismo sexo, la Rosa de Castro, sentada al lado de la mesa sobre la cual estaba colocado el velon, y que con algunos sillones de paja formaba todo el mueblaje del misero salon, hubiera ofrecido al observador un objeto mucho mas interesante, tanto en lo físico cuanto en lo moral. Sería difícil imaginar, y mas aun describir, las facciones admirables de aquel rostro angelical y la espresion divina que le animaba. Bastará saber que su cabellera era negra, peinada con gusto y cuidado exquisito; negros sus hermosos y rasgados ojos; tierno y delicado el matiz de sus mejillas, á cuya blancura solo se mezclaba moderadamente esa tez tinte sonrosado, habitual en las jóvenes. La mansedumbre, la resignacion en el seno de los dolores mas crueles se leían únicamente en aquel benigno rostro que, animado por la felicidad, hubiera podido causar placer al infierno mismo. Mas pequeña que Fioretta, toda su linda y gentil persona se hallaba cubierta por una larga túnica de tela blanca muy fina; un sencillo cenidor negro oprimía suavemente su talle esbelto, que parecía doblarse sobre ella misma. Un collar de coral adornaba su cuello, que con la cabeza lánguida se inclinaba hácia el brazo, apo-

yado sobre la mesa. En una palabra, Rosa hubiera podido servir de modelo perfecto á un artista célebre para representar la virtud aflijida.

El silencio que reinaba en la sala revelaba el estado melancólico de las tres mugeres. No era interrumpido sino por las ráfagas de viento que soplaban á través de las encinas del Gricciano, por la lluvia que la tempestad lanzaba con violencia sobre las paredes de la torre y el techo de la cabaña; y por último, por el gruñido de un sabueso acostado en la ceniza del hogar, que al oír á lo lejos los ladridos de otros perros, se levantaba lentamente sobre sus manos, y daba de vez en cuando un ahullido triste, muy pronto reprimido por la voz gutural de la anciana que exclamaba:

¡A echar, Timon! ¡a echar! ¡Ved que desvergüenza!

—Dejadle, mamá, contestó Fioretta; cumple con su deber. Y despues el pobre perro está triste esta noche, porque el amo no ha querido llevarle á caza.

—¿Y cómo lo habia de haber llevado allí ¡Dios te bendiga! si ha ido á la espera? replicaba la anciana. Vamos, Fioretta, prepara la sarten. Cuando vuelva el señor Meo fatigado y muerto de hambre, quizá quiera comer su liebre *in fritto*, si la hay.

La jóven obedeció, sonriendo maliciosamente; pero Rosa dijo:

—Con tal que la mate, se entiende, porque á lo mas habrá dejado una en todo el país. A deciros la verdad, *caré mie*, ¡esta costumbre de ir tan lejos por una desgraciada liebre me place poco; dejarnos solas, á pobres mugeres, en esta hora de la noche, en medio de los matorrales! Pero no tener miedo, Nena mia; tú que sabes disparar tu arcabuz tan bien como el primer valiente.... Y despues en un aguacero semejante, ¿qué habrá podido matar mi padre?

—Esta noche el señor Meo tomará mas bien un poco de pescado, interrumpió Fioretta, quien por obedecer á su madre habia ido á una alhacena inmediata á tomar la sarten, y que volvia entonces al salon. En aquel momento un disparo de fusil, bastante lejano, estremeció las ventanas góticas de la casucha. Timon saltó al medio del aposento, dispuesto á que se oyeran algunas de sus exclamaciones caninas; pero hallando sus ojos las miradas severas de la anciana, bajó las orejas y volvió hácia el hogar.

—Lo veis, señoritas, exclamó Nena con aire triunfante; ¡veis cómo la ha muerto! Los ancianos hablan y los niños charlan.

—Contra con mucho gusto pan y agua durante toda una semana, dijo Rosa, por no arriesgar pagar una pieza de caza al precio de la seguridad de mi anciano padre. ¡Una liebre! ¡nada al fin! Le ha tirado allá bajo, á la entrada de la llanura; ¡qué baño debe haber tomado el pobre anciano! Fioretta, prepárale ropa para mudarse. ¡Sabeis que tiene setenta años! Si le perdiese.... ¡qué naria yo, pobre cilla, que tantas pesadumbres me acosan ya? ¡Y quién sabe cómo terminará todo esto? ¡Ah, Nena! ¡Mi querida Fioretta! debo temer que Adelchi me haya sacrificado á su loca pasión. Si el conde no adopta muy pronto un partido, el anciano lo adivinará todo; me maldecirá; me matará.... ¡Oh! no: me ama demasiado; ¡pero Dios mio! morirá sin duda de dolor.

Y entonces la infortunada Rosa elevando sus rodillas á la altura de la mesa, y empezando á sollozar, se cubrió el rostro con sus manos. Fioretta, que habia permanecido inmóvil escuchándola, se enjugó los ojos con el dorso de su mano; despues habiendo retirado la sarten del fuego, consideraba como un deber preparar la ropa del amo; pero Nena exclamó:

—¡Visiones, terrores de jóvenes, *per Dio!* El conde es un apuesto doncel: llámasele de vez en cuando el *contaccio*, cuando se le aborrece: *contaccio*, *diavolaccio*! ¿Qué diablo de lengua usan? La última vez que estubo aquí me dijo que cuando no veia á la señorita Rosa parecia estar en ascuas; y despues me entregó un doblon, con el que compré la flamante redcecilla de Fioretta. Y luego, ¡*per Mio*, ¡*per Crillo!* por el alma de mi tío el cura; ¿no lo mataría con mis propias manos? ¡Ah! ¡Evo aquí todavía una aguja de mechar: ¡veis! Y la nodriza hablando de este modo sacó de su pecho un largo cuchillo que servia de pala á su corsé, y le colocó de nuevo en su sitio. Sin embargo, Fioretta habia entrado en el salon y lo habia oido.

—¡Oh querida mamá! replicó; ¡Dios sabe toda la felicidad que deseo á nuestra señorita! pero si hubiera desconfiado de ese.... Fijando su madre en ella una mirada iracunda, interrumpióse á sí misma, y prosiguió inmediatamente.... de ese conde de Montanto, ¡cuánto hubieran mejorado sus negocios! Comprendo que á veces nadie puede librarse de su suerte; yo misma un día con ese deslenguado de Titta.... es decir, Gandolfi, sin la proteccion de la santa *Madona*, ¡ay! pobre Fioretta....

—¡Calla! interrumpió Rosa. ¿Es preciso para justificarme que te acuses á tí misma, mi querida Fioretta? Eres una jóven virtuosa: continúa desconfiando de los hombres, que todos recurren á la mentira para conseguir su fin. En cuanto á mí, soy.... soy una criatura desgraciada y culpable. Entonces las dos jóvenes prorumpieron de nuevo en amargo llanto; y Timon, cual si pudiera identificarse con el dolor de sus amos, daba ahullidos bajo el ancho cañon de la chimenea gótica.

—¡Ilusiones de jóvenes! repitió la anciana. ¡Puras ilusiones de jóvenes!

—¡Ah, ilusiones!.... ¡Pues bien! voy á referiroslo todo. Desde que no permanezco aquí durante el día, dijo Fioretta, voy á la llanura. Pero un día apareció de improviso el *contaccio*.... el señor conde con otro caballero, y empezaron á atormentarme. Me armé al principio de paciencia un momento; despues súbitamente, yo que soy tan poco sufrida, les mandé enhoramala. Entonces, ¡admiraos de la malicia! se puso á gritar: «¡Eh! ¿está buena tu señorita?» Luego se volvió hácia aquel otro brig.... ó, si quereis, hácia aquel otro buen sugeto de Zambini; y este prorumpió en risas. Entonces se pusieron tras la pobre Gioletta, la hija del *caporaletto*, que no podia desembarazarse de ellos. Aquella buena Mari-Meca, mi madrina, se desgañitaba en vano, diciéndoles: «¡Escelencia, es una pobre muchacha que no tiene malicia!» ¿Sabeis lo que ha contestado ese verdugo? «La proveeremos de ella; y tú, vieja, lo que has hecho, hecho queda; vete inmediatamente.» Y viendo el señor que la desgraciada y enfurecida madre no se marchaba, se aproximó á ella, y la dió un puntapié en el vientre; se hallaba en cinta, y esta misma mañana se ha dicho que habia sentido las consecuencias. Francisco Antonio, su marido, el *caporaletto*, que en su tiempo fue vivo de genio, y que mató á aquel esbirro de Piana-Rocca, quiso tomar parte. El *contaccio* se dirigió á él, *per Crispo*, y le dió un puñetazo tan terrible, que debió haberle hundido una costilla; y cayó el pobre en el suelo, donde permaneció como muerto. Entonces quiso Dios y la *Madona* que se marchasen los malvados. Llegaron los barqueros de Quaglia, descargáronles un mosquetazo, cuyas balas arrojaron el polvo á los pies de aquellos infelices; ¿y para qué?... para divertirse. ¡Y quién podria referir todas sus perfidias! Arrebatan á todas las doncellas; una tras otra; de suerte, que ninguna se atreve ya á ir á coger achicorias al monte; cuando no pueden disparar á una liebre, descargan sus armas á los cristianos; hacen apalear á las gentes por medio de sus *bravos*! ¡Ah, señorita Rosa! ¡mi tierna amiga! dispensadme os refiera todas estas cosas, porque solo ansío vuestra felicidad, y yo que soy vuestra hermana de leche. Si Adelchi pensase seriamente en vos, no atormentaria á las aldeanas; y si fuera un caballero, mi querida mamá, no nos hubiera injuriado de un modo semejante.

Ni la hermana de leche, ni la nodriza, advertian la impresion profunda que aquella narracion sincera producía en la malhadada Rosa. Algunos suspiros ahogados acompañaron únicamente á las palabras fatales que se habian escapado á la pobre Fioretta. La anciana Nena, por su parte, habiera presentado un objeto de estudio harto curioso. Al principio de la narracion fijaba sus ojos parduzcos con aspecto iracundo en su hija, cual si hubiese querido detener las palabras en su boca. A aquella expresion irritada de sus facciones seniles sucedió la de la indiferencia; despues la del despecho, del dolor, y por último, de la cólera mas terrible en el momento en que Fioretta terminó su discurso. Sus facciones espresivas se contrajeron: sus ojos salieron al parecer de sus órbitas y tomaron un tinte rojizo; poníase en jarras, y de vez en cuando empuñaba su terrible cuchillo; era la imágen un tanto grotesca de una Tisifona vengadora.

Permaneció algunos segundos suspensa: despues su voz estalló súbitamente: —¡Cómo, *per Crispo*, atacan a nuestros baqueros! ¡Nena Spiegati, en su tiempo, ha manifestado lo que costaba esto á ciertos hombres mas terribles que aquel!... Rosa mia, pues bien.... ¡Ah sangre, sangre y muerte! ¡Que no encontraran al señor Meo! Nuestro anciano conocia las balas, vive Dios!... ha oido muy de cerca los arcabuzos en Parma, cuando se hallaba con su excelencia el señor duque don Pedro Luis. Y despues, ved aquí que no vendrá al señor Memmo (¡que Dios le bendiga!), porque el dueño de Tor-Crognola no depende de la Rocaccia para nada; y vimos cuando aquellos comedores de polentas, aquellos florentinos vinieron á nuestropais, que el Sr. Memmo sabe terminar un negocio; y cuando puede hacer bien, lo hace, y lo hará *per Mio*!.... Y si él no lo hace, queda todavía mi sobrino Mariaccio; que si su tia Nena le dice una palabra, él la comprende: es un sí ó un no. ¡Es un alma distinta de la de ese malvado! Y si el señor de la Rocaccia no quiere variar de vida, le sucederá que le mandaremos á dormir entre los pecees al Fiora, con mas puñaladas que cabellos tiene en la cabeza. ¡Por la luz de Dios, quiero que mi carne arda como la yesca!...

Y la anciana despues de haber colocado un dedo sobre otro como para dar mas energia á su juramento, hizo rápidamente la señal de la cruz. Iba á continuar, cuando Rosa, gritando: «¡Ah! no; ¡Adelchi mio!» cayó desmayada en los brazos de Fioretta que acudió á tiempo para sostenerla.

—¡Maldito sea el momento en que he abierto la boca! exclamó Nena estupefacta; y añadió como interrumpiéndose bruscamente: —¡Pobre hija mia! y dos lágrimas que surcaban las mejillas de la buena nodriza, cayeron en el rostro pálido de su hija adoptiva. Un poco de vinagre, Fioretta! ¡Ah! ¡cuán benedetta soy, cuando se me sube la sangre á la cabeza, arrancaria los ojos al demonio!

Rosa volvió en sí á beneficio del olor del vinagre que le hicieron

respirar las dos aldeanas; y entonces la anciana nodriza prosiguió, pero en tono diferente:

—Valor, valor, ¡sora padrona! dispensadme si he hablado mal: lo he conceptuado un bien. Y además existe suma diferencia de Fioretta y sus semejantes, á las señoras de vuestra clase; y en realidad, ¿no sois la hija de un *condottiere*? El *señor corde* lo pensará más de una vez, antes de cometer aquí ninguna infamia. Y después es joven, según veis; es preciso que la juventud sea bulliciosa. Y cuando un hombre tiene más dinero y poder que todos los demás, no se deja de murmurar de él; se le acusa de todas las llagas de Cristo. ¡Puras ilusiones! ¡Timidez de jóvenes!

Y como si se ruborizase de su emoción, se enjugaba vivamente los ojos con su delantal, y exclamaba de nuevo: «¡Puras ilusiones! ¡terror de jóvenes!» No porque ella misma estuviera persuadida de ello, sino porque su experiencia la hacía ver las cosas bajo un prisma más transparente; pero quería á todo trance tranquilizar á la hija que amaba más que á su propia vida. Por último, Rosa, esperando de un momento á otro ver á su padre, consiguió reponerse.

III.

La lluvia y el viento continuaban con la misma violencia; y las tres mugeres empezaban á inquietarse por la tardanza de Meo de Ischia, cuando por fin resonó en la parte de afuera el sonido de la corneta del antiguo *condottiere*. Timon arrojando esta vez el furor de la temible nodriza, se lanzó hácia la puerta ladrando de alegría, y se puso á rascar en ella de impaciencia antes que acudiese Fioretta á abrirle. Inmediatamente que una de las hojas de la puerta guarnecidas de hierro rodó sobre sus goznes, retrocedió el perro, ladrando con ese tono de espanto, amenazador é interrogante á la par, por medio del cual este animal dotado al parecer de inteligencia, acostumbra á espresar lo que siente cuando encuentra á su amo acompañado por alguna figura sospechosa.

En efecto, Meo de Ischia precedía á dos caballeros que se habían incorporado á él con una escolta de caballería; porque no solamente se oía las pisadas de los corceles, sino también á uno de los recién llegados que hablando á un hombre de la comitiva, le dijo:

—Vete, Rudella; vuelve á la Rocaccia con los caballos: pasaré esta noche con el señor Meo, y regresaré mañana á las cuatro de la mañana.

—Muy bien, *Illustrissimo*, le respondió; y el trote de los caballos resonando en el camino, probó que se ejecutaba la orden.

El hidalgo que había dado aquella orden, así como su compañero, se hallaba envuelto con la ancha, larga, cómoda, pero pesada capa de los Maremms. Fioretta cerró la hoja de la puerta; y la anciana se apresuró á encender un candelabro de tres mecheros, el cual como puede notarse, solo servía en las ocasiones solemnes. Los dos extranjeros se volvieron hácia Rosa, quien después de haberse inclinado ligeramente para saludarles, corrió á abrazar al anciano, diciendo:

—Padre, venid inmediatamente á mudaros de ropa: si ese vestido húmedo se enjugase sobre vos, podría producirnos mal efecto.

El anciano Meo, bajo una sopalanda de piel de cabra negra que colocó en un sillón, é igualmente su ancho sombrero de fieltro, llevaba un largo arcabuz guarnecido de plata; arma que tenía vuelta bajo el brazo derecho, á fin de preservarla de la lluvia. Un gorro de algodón blanco con dos listas encarnadas en su estremidad, se confundía con los pocos cabellos del mismo color que quedaban en aquella cabeza venerable. Un rostro ancho, ojos negros y resplandecientes, una frente espaciosa, barba corrida y retorcidos bigotes más blancos que la nieve, daban á nuestro héroe una espresion de fisonomía, que en despecho de la edad, hubiera alentado poco al hombre dispuesto á suscitar pendencia con él. Un ancho colete verde con botones de plata cortado á la moda militar, un calzon de cuero y volantes cortas guarnecidas de presillas de plata, componían su rústico traje. En la mano izquierda llevaba una liebre que puso sobre la mesa; y después de haber enjugado cuidadosamente el cañon de su arcabuz, dejó esta arma en un rincón del salón; después volviéndose hácia los extranjeros, dijo:

—Para los jóvenes un baño de agua fria no es un tiro de mosquete; pero para nosotros los ancianos, lo es bastante: pues con vuestro permiso, *illustrissimi*. Y seguido de Rosa y Fioretta, quienes lo habían dispuesto ya todo, se retiró á otro aposento para mudar de traje. Antes de salir, sin embargo, había golpeado ligeramente con la mano una porcion de veces los hijares de su fiel compañero: Timon, cesando únicamente entonces de sus importunidades, y satisfecho de aquella muestra de afecto, se había retirado á su sitio acostumbrao, no sin gruñir un tanto al pasar por el lado de los dos viajeros. Estos, habiéndose despojado de sus capas y sus sombreros á la española cubiertos de plumas blancas y amarillas, se aproximaron al hogar para calentarse.

Su traje y sus armas eran casi idénticos. Ambos vestían una casaca color escarlata, bordada de oro, cuyo talle oprimía un ancho cinturón de seda blanca y amarilla: era el uniforme de la caballería de Pedro Luis. Sus calzones cortos eran de piel de gamo; sus botas que llegaban hasta las rodillas tenían vueltas encarnadas pendientes y estaban armadas de espuelas, según la moda de los Maremms. Además de sus carabinas ricamente adornadas que ambos militares, habían dejado al entrar sobre la mesa, y que enjugaba la anciana Nena (trabajo muy conocido y casi diario), cada uno de ellos llevaba todavía un par de pistolas magníficas que pendían del lado derecho de su cintura, mientras que un rico cuchillo, cubierto con una vaina, brillaba en el izquierdo. Una cartuchera pequeña de plata, suspendida del hombro izquierdo por un ancho tahalí de brocado, caía sobre la espalda de cada ginete, y completaba aquel traje semiguerrero. Aquella conformidad exacta en el vestido indicaba entre los dos extranjeros, si no una amistad real, al menos grande identidad de deseos.

El uno era Adelchi, el *contaccio* de Montanto; el otro, conocido entre las aldeanas bajo el nombre de señor Titta, que hemos hablado ya, era en realidad Gandolfi, el bravo más acreditado de Castro, el favorito del duque, el ministro de las iniquidades de su gobierno y el terror de todos sus vasallos. El primero llevaba las insignias de coronel; el segundo las de *capo di banda*, grado que corresponde al que ocupa hoy un comandante de batallón. Adelchi tenía 30 años á lo más: su estatura era mediana, muy bien formado y fornido: su fisonomía revelaba el tipo lombardo; su larga y alisada cabellera, castaño oscuro, estaba unida á sus sienes: una dilatada cicatriz perpendicular, sin desfigurarle sin embargo, surcaba todo su rostro desde la sien izquierda hasta la barba; cortos bigotes; un cutis verdoso; ojos negros; una cabeza casi oval, y una boca que sonreía siempre sardónicamente, todo esto formaba á la vez un conjunto regular, pero que al primer golpe de vista inspiraba desconfianza y acaso desprecio. Gandolfi era uno de los hombres más hermosos que pueden verse; y sus excelentes cualidades físicas desarrolladas á tan alto grado, le enorgullecían acaso tanto como su valor y ferocidad naturales de que se jactaba. Su estatura atlética se elevaba hasta nueve palmos; admirablemente formadas todas las partes de su cuerpo, y más joven que el conde, hubiera podido ser comparado, sin exageración, al mármol divino que se admira en el Belvédere. Una patilla corrida que le cubría las mejillas y la barba, negra y espesa como su desordenada cabellera, rodeaba un rostro, al cual se podía igualmente aplicar la comparación sacada de la obra maestra Praxiteles. Viendo únicamente sus rasgados ojos azules, unas veces denotando sentimiento, otras inflamados de un ardor generoso, se hubiera creído una impostura la narración fiel de la vida licenciosa y criminal de este infame sicario. En suma, el valiente de Castro era un hombre á quien se aplicaba á las mil maravillas aquel proverbio vulgar, pero que encierra mucha justicia: «las apariencias son engañosas.»

—Ahora, anciana, dijo Gandolfi dirigiéndose á Nena; ahora que has enjugado nuestras carabinas, toma pólvora de la bolsa de casa del amo y ceba.

¡Cómo! ¿Temeis á los malvados, señor Titta? exclamó la nodriza. Sabed que desde que habitan la torre Meo de Ischia y Nena Spiegati, los ladrones se marchan á robar adonde mejor les parece: aquí no hay sino poco pan y muchas balas que recibir. Pero para que no creais que la anciana ignora cómo se ceba una arma, voy á obedeceros. Entonces, habiendo tomado la pólvora, añadió: ¡Y qué pólvora, per Mio! nos la han traído de Calabria ciertos valientes, á los cuales no se atreven los aduaneros á decir gran cosa.

La anciana, después de haber desempeñado su encargo tan perfectamente como un cazador de profesion, se dirigió hácia un armario construido en la pared del salón, sacó de él una botella y un vaso, y volvió á donde se hallaban ambos oficiales.

—Behed, *illustrissimo señor bravo de Castro*, dijo á Gandolfi con tono casi burlón presentándole el vaso; behed; es vino de Cellere que nos manda el señor Eduardo; dispondremos la cena; pero si teneis mucho apetito, será preciso sin embargo hagais esperar á vuestro estómago una media hora.... hasta entonces, nada: ¿comprendeis? Es preciso que las cosas se hagan en regla.

—Sirve primero al conde, vieja, replicó el bravo: no sabes vivir.

—¡Ved, pues, este valiente que se entromete á reprenderme! No habiais nacido todavía, señor Titta, cuando Nena Spiegati, en esta misma casa del señor Meo, que era á la sazón *condottiere*, y general en jefe de la infantería de su excelencia, sirvió á la mesa al duque y á toda la nobleza de Castro: ¿comprendeis? ¿Y quereis saber por qué os servía antes que á él? añadió designando á Adelchi; porque teneis más aspecto de hidalgo; y además, en cuanto al *señor conde*, hay una mosca que me dice alguna cosa al oído relativamente á él; y si no miente, quiero que este vino le sirva de veneno!

Y entonces risueño é irritado, según agitaba su corazón maternal la esperanza ó el temor, llenó el vaso de aquel vino fuerte de Cellere,

el que, si hubiera tenido mejor compostura, no cedería al vino cosmopolita de Champagne.

—¡Ved esta vieja *di Cristo!* exclamó el *contaccio* despues de haber vaciado el vaso. ¡Mas altiva que un suizo del Papa!... ¿Qué diablos te murmura al oído? Dínoslo por la sangre de Cristo....

—¿Lo que se murmura? dijo Nena sirviendo á su vez al valiente de Castro; nadie lo sabe mejor que vos: y mirad, señor conde, si no trazais vuestro surco recto, por la sangre de mi tío el cura, hoy ó mañana variará la Rocaccia de dueño!

Adelchi se encogió de hombros en señal de desprecio, y Gandolfi, haciendo que la anciana llenara de nuevo su vaso, la dijo:

—Silencio, Nena; si no sabes hablar mejor, córtate la lengua. Y prorrumpió en carcajadas atronadoras, en las cuales fijó el conde su atención.

—¡Cortaos vosotros las manos! malvados bandidos que habeis arruinado la mitad de los Maremmes, replicó la anciana. Y hubiera continuado sus imprecaciones, si Gandolfi, pasándole la mano por bajo la barba con aire burlesco, y apoderándose á continuación de la botella y del vaso, no la hubiese interrumpido, invitándola á que bebiese á su vez. El bravo de Castro que hacia mucho tiempo perseguía inútilmente á la pobre Fioretta, conocía la verdad de aquel adagio vulgar: «Para conseguir á la hija, es preciso hacer la corte á la madre.» En efecto, la anciana, sensible á aquella atención, enmudeció; y Fioretta y el anciano aparecieron en aquel momento mismo en la sala.

—Ilustres señores, dijo Meo, me conceptúo á la vez muy honrado al recibiros bajo mi pobre techo, y me es sensible no poder ofrecer os en él una hospitalidad digna de tan altos personajes. Cualquiera que sea, reconoceréis al menos que se os concede cordialmente.

—No hablemos del honor, dijo Gandolfi: ignoro quién lo recibe si vos ó nosotros: la hospitalidad de uno de nuestros antiguos *condottiere*, acompañada de palabras tan corteses, no puede ser sino muy grata; en cuanto á los pormenores, somos soldados, y podremos acomodarnos durante una noche á la vida que pasa habitualmente un hidalgo tan ilustre....

—Así como su digna hija, añadió el *contaccio*.

Meo de Ischia solo contestó á este último cumplimiento, inclinándose y mandando á las dos mugeres apresurasen los preparativos de la comida. Adelchi entabló conversacion con él, y el bravo figuró que pensaba en otra cosa, paseándose por la sala y cantando:

El soldado que marcha á la guerra
Come, bebe y duerme en la tierra, etc.

Pero insensiblemente se aproximó á Fioretta, quien acurrucada en uno de los lados del hogar, se ocupaba en preparar algunos manjares, y la dijo á media voz:

—Mi querida Fioretta, me domina una calentura que tú únicamente podrías hacer desaparecer.

—¿Y por qué no? respondió en alta voz la jóven; ¿por qué no, si el remedio es bueno?

—¿Sí es bueno? dices; es muy bueno, tan bueno como tú.

—¿Pues qué! ¿en qué consiste ese remedio, señor Titta?

—Este remedio en un principio, y ante todo, consiste en un beso; un solo beso de tu linda boca, *bellinetta* mia, me devolverá la vida.

—¡Un beso! ¡ah! ah! he visto que se besaban las señoras, y siempre con los mismos cumplimientos, *illustrissimo*.

—¿Pues! ¿no eres tú una *Madonnina*? No, no, Fioretta; no gasto cumplimientos, replicó vehementemente el hombre de Castro; muero de amor por tí, y si no quieres escucharme, soy un hombre perdido.

—¿Os burlais ó decís la verdad? dijo Fioretta mirándole frente á frente con una espresion incomparable de sencillez irónica, sin que sus manos abandonasen nunca la sarten que habia puesto al fuego; estais alegre esta noche, señor Titta, y sin embargo habeis bebido poco.

Pero como el valiente empezaba á alentarse algun tanto, la honrada aldeana, variando de tono y actitud, dijo:

—Comprended, *Illustrissimo*, que aun cuando me profesáeis un afecto sincero y no abrigáeis una intencion pérfida, no soy tan necia para ignorar que nuestra condicion es diferente: si por el contrario quereis mi ruina, es tiempo que concluyamos. Sabed que no me hareis creer en semejantes patrañas, y que soy hija de mi madre: ¿comprendeis? Idos, idos.

Todo esto no impedía á Gandolfi, quien se habia inclinado casi hasta sobre sus rodillas, aproximarse á la jóven; pero la anciana Nena que estaba acechando, apareció de repente entre la jóven y su perseguidor.—¡Bien! señor bravo, per Crispo; idos, idos á hablar con el señor conde, per Mio: de lo contrario, por la sangre de mi tío el cura.... no cenareis.

Habiendo llamado aquella salida la atención de Adelchi y del anciano, se levantó Gandolfi y se mezcló en su conversacion. Un mantel blanco como la nieve cubria ya la mitad de la mesa: una vajilla tosca, un pan cocido en la casa el sábado anterior y una respetable formacion de botellas de Cellere, merced á los cuidados de la nodriza,

anunciaban de antemano la aparicion de los manjares que se acababan de disponer. Estos, servidos inmediatamente por las dos aldeanas, consistian en un plato de sustancia de jabali, en un *fritto* hecho del cuarto delantero de la liebre; añadióse el cuarto trasero del animal asado, y una media docena de pichones, condimentados con lentejas, manjar que era precisamente—el lector no sentirá saberlo—el que cocia la olla, en el momento en que hemos introducido al lector en el interior de la torre de Gracciano.

La linda y malhadada Rosa, habiendo entrado en aquel momento con una cesta de uvas que dijo habia cogido ella misma en el Costancino, y que colocó sobre la mesa, invitó á los huéspedes á que tomaran asiento. El conde, el bravo y Meo se sentaron: juntamente con ella al rededor de la mesa en las pobres sillas de paja, mientras que las dos aldeanas permanecian en pié para servirles. Los tres hombres hicieron honor á la cocina de Fioretta y al vino de Cellere. No sucedió así á Rosa, que era presa de un dolor tan vivo, que esforzándose por ocultarle, dejaba fácilmente adivinar lo que pasaba en su corazon. Meo, que hacia algun tiempo ya habia notado gran variacion en su adorada hija, se habia inquietado por ello en un principio, y la habia interrogado; pero despues de haber observado que sus preguntas en vez de mitigar el dolor de la jóven lo acrecentaban, escuchando únicamente los impulsos de su corazon paternal, dejó que las cosas siguieran su curso, esperando que el tiempo devolveria á su hija la alegría natural de su carácter y las rosas de su tez. Nadie conocia mejor que Adelchi las causas de aquella cruel perplejidad: un corazon menos duro se hubiera impresionado vivamente; pero él, cual si nada sucediera, comia, bebia y hablaba, dirigiendo de vez en cuando una sonrisa á Gandolfi. Este se volvía á cada momento hácia la pobre Fioretta con un aspecto insolente de inteligencia secreta, lo que hacia á la anciana murmurar algunas imprecaciones energicas.

—Hijos míos, dijo el antiguo *condottiere*, ved aquí la cena de un pobre veterano, cuyos antiguos servicios se han condenado al olvido desde que no se halla en estado de prestar otros nuevos. ¡No importa! puesto que el Señor ha querido dejarme los brazos y un moquete para ayudarme; y puesto que ese ángel de inocencia (quiera Dios bendecirla y hacerla feliz) basta para mi consuelo.

La nodriza dejó escapar un profundo suspiro, y aquella muestra de afecto, unida á las palabras del antiguo guerrero, cuya hija queria perder Adelchi, hizo se cubriese de una escarlata el rostro de aquel hidalgo. El conde, al refljar en él en aquel momento la mirada de la pobre Rosa que revelaba dolor y súplica, se le demudó completamente el semblante, y para no delatarse llevó el vaso á sus labios. Despues de un corto intervalo, conociendo la necesidad de variar de conversacion, dijo:

—Está convencido de ello, señor Meo; el duque no puede dejar mucho tiempo sin recompensa vuestros servicios; quizá los intrigantes le hayan impedido hasta aquí manifestar su gratitud: pero sé positivamente que os tiene suma deferencia y que, en una palabra, os profesa mucho afecto.

—Es verdad, es verdad, exclamó la nodriza; pero esperando el amor moriría de hambre si no fuera por su escopeta!... Quiero decir, añadió corrigiéndose, porque habia advertido el rubor que cubria el rostro del anciano, quiero decir, que no disfruta del beneficio que merecen los hombres como él.

Gandolfi, sacando partido de aquel incidente, hizo como que no podia resistir al atractivo de la linda mano de la aldeana, la cual, en realidad, no era sino una mano habituada á manejar la azadilla; viendo que Fioretta, distraida por la conversacion, continuaba manteniendo la botella colocada en la mesa, imprimió sobre su brazo un beso sonoro. La jóven, á aquel ataque inesperado, saltó hácia atrás; Rosa se levantó conmovida, y la anciana exclamó:

—¡Vaya una desvergüenza!

—Meo de Ischia preguntó lo que ocurría.

—Nada, nada, señor Meo, dijo el bravo soplándose sus dedos; sino que acabo de tocar alguna cosa que abrasa mas que el fuego. Pues como os lo decia, el duque sabrá apreciaros; y si algun bribon le ha hablado mal de vos (¡muera el miserable como un perro!) el duque no os hará por ello menos justicia, y esto mas pronto que se cree.

Entonces, como el antiguo *condottiere* manifestaba insistir y no contentarse con aquellos preliminares, Gandolfi no vió otro medio de salir del paso sino enunciando el objeto favorito de las ideas de Meo.

—¿Y no me habla incesantemente de aquel día en que asaltásteis juntos á Parma?

—¿Os habla de ello en verdad? interrumpió con premura el anciano, á quien la sangre habia subido de repente al rostro. ¡Povero Pier-Laigi! No es decir pobre de él, sino ¡povero rue! Malditos sean los miserables que le escitan contra mí! Si les conociese, no me tiembla todavia mucho la mano, y mi vista no ha disminuido tanto para que no pudiera hacer comer plomo á toda esa canalla. ¡Basta! ¿quién sabe? El duque es muy generoso, muy valiente, para dejar

se consuma en una torre medio derruida su antiguo compañero de armas, su antiguo teniente general de infantería. Le profeso afecto, lo sabeis: cuando le oigo nombrar, mi sangre hierva de nuevo en mis venas, y creo tener veinte años. Brindemos por la salud de mi antiguo general, de nuestro digno príncipe: jóvenes, ¡por la salud de Pedro Luis Farnesio!

Al pronunciar estas palabras golpeó en la mesa con el puño; se levantó con ligereza, y en su entusiasmo vació de una sola tirada un vaso lleno hasta los bordes. Los dos amigos, aunque con mas moderación, le imitaron: Rosa misma verificó otro tanto, sabiendo que en nada podia complacer mas al anciano. Ciertamente; el conde de Montanto y el valiente de Castro habian oido muchas veces de Meo de Ischia la narracion del asalto de Parma, y de otros ataques, á los cuales habia asistido; pero por un capricho comun á todos los antiguos soldados, el veterano no creyó fuese inútil empezar de nuevo aquella historia, acaso por quincuagésima vez.

—En aquel tiempo nada se practicaba sin Meo de Ischia. La noche que precedió al asalto, ¡oh! qué noche, gran Dios! A las siete me avisó el duque, por medio de un page, fuese adonde se hallaba, y me dijo: «Mañana dormiremos sobre los cadáveres de los españoles y del conde de Soriano.» Y con este objeto dimos ambos vuelta á todo el campo. Cuando los rayos de la aurora de aquel día de gloria empezaron á bañar la campiña, Pedro Luis me asió del brazo y me condujo á su tienda, donde se hallaban reunidos todos nuestros coroneles. Hallábase allí el conde de Orvioto y el teniente general de caballería Otton de Valentone, el cual no me profesaba mucho afecto. ¡Qué furor! Cuando Pedro Luis les comunicó sus proyectos de ataque, y les dijo: Este no es asunto vuestro, señor Ottoreno, porque la toma de la brecha no concierne á la caballería. Pero (os reliero sus propias palabras) el señor Meo de Ischia, mi teniente general de infantería, indicará á cada uno su posicion, y le obedecerá todo el mundo: pensad en ello! Inmediatamente todos los coroneles, el conde de Orvioto y aquel Otton mismo, se confundieron en reverencias, porque sabian que Pedro Luis no acostumbraba decir las cosas dos veces. Entonces se volvió hácia mí, y me preguntó acerca de las compañías que sería preciso destinar al asalto. En breve lo ordenamos todo entre ambos y el conde de Orvioto; en cuanto al señor Otton, permanecia todo el día con su caballería inmóvil, aunque faltó poco para que muriese de reconcentrado furor. Todos se reian de su despecho: era tan presuntuoso! Pues, como sabeis, se mandó la cuarta compañía de Canino, la sesta de Ischia, y las cuatro bandas negras de Castro. Y verdaderamente todo se verificó con orden aquella vez; hasta el punto que aquellos españoles y sus aliados se vieron atacados por todas partes. Las balas y la metralla volaban como granizo: Canino é Ischia, que se hallaban á la cabeza de la columna, dieron muerte á cincuenta esqueletos cristianos; y los otros retrocedian á fé mia! Pero entonces fué preciso ver á Pedro Luis empuñando su espada con una mano, y con la otra una escala, y gritando: Adelante los de Castro, adelante! lleguemos pues para apoderarnos de ellos! En efecto, llegamos. Agitábase como un desesperado, aun cuando hubiese sido herido por un casco de metralla en el hombro. Era preciso haberle visto para creerlo! El humo, el fuego, los gritos de los combatientes, el sibido de las balas, hendian el aire por todas partes como flechas. Hubiérase creido hallarse en el infierno! Pero basta! Todo se verificó como Dios quiso. El duque apoyó su escala contra la muralla, y trepó por ella como una ardilla. Subí despues de él con mi gente de Ischia, porque la de Canino se hallaba con el duque. Por último, con auxilio de mis rodillas conseguí llegar á la estremidad de la muralla, y enarbolé en ella la bandera ducal. Era digno de ver qué trompazos se daban y recibian. Despues que los de Ischia hubimos entrado en la plaza, llegaron las bandas negras, aquello se convirtió en escaramuza. Los españoles y los soldados del malvado Soriano, que mandaba el bastion, comenzaron á fugarse despues de pagar su merecida, y no debió quedarles un *quatrino* en su bolsillo; porque por cada uno de los que nos cogian les hacíamos pagar ciento. En cuanto á Pedro Luis, no se le veia ya, y se le empezaba á creer muerto. ¿Sabeis donde habia ido el duque? Ese conde Orsini, ese miserable asesino, le habia muerto en otro tiempo á su hijo el príncipe Pablo, en una partida de caza, en los matorrales de Aumone. Orsini queria vengarse por este medio de las relaciones que habia tenido Pablo con una..... con la condesa, y creia castigar en él á ambos culpables. Apenas vió el conde que Pedro Luis se dirigia furioso en su busca, saltó desde la muralla á la ciudad. Pero el duque..... ved qué imprudencial sin ocuparse de cuatro ó cinco soldados que caian sobre él, solo veia á su enemigo. Veíase que no pensaba sino en el jóven príncipe, como efectivamente me dijo despues. ¿Habeis visto correr á mi Timon á la pista de un javalí? Así perseguia al conde Pedro Luis. Apenas le alcanzó, cuando dándole estocadas sin cesar, exclamó: «Hé aquí lo que te envia el pobre Pablo.» Y se encarnizó de tal modo contra él, que despues de tomada la ciudad, cuando fué á la plaza á reunir las tropas, se le hubiera creido un carnicero. En cuanto á nosotros, que habíamos arrojado al enemigo del bastion, inmediatamente que nos hallamos en la ciudad sentimos caer sobre nosotros, rápidos como cohetes, cierto número

de ginetes de aquellos foragidos que se llaman Valones, que formaban la guardia del rey de España. Uno de ellos me dió un golpe de corte, que me dividió el casco y me alcanzó al cráneo. Pero él, *por Dios santo!*....—Aquí Meo de Ischia retorció su canoso bigote, y sus ojos brillaron como áscuas.

Para él, aquella hora fué la última; le disparé á quemarropa un pistoletazo y le entraron en el cuerpo hasta los tacos. Pero aquellos bandidos, que estimaban tanto la vida como un *quattreccio* y que se batian como desesperados, habian muerto muchos de los nuestros.... basta! he cumplido con mi deber.... pero no es digno alabarse á sí mismo.... basta! he cumplido lo mejor que he podido: de suerte que cuando hubimos derribado del caballo á mas de cincuenta de ellos, los restantes nos rindieron sus sables, los cuales eran tan largos que hubieran podido servir para derribar nueces. Cuando Pedro Luis llegó á la plaza y vió á todos aquellos mensajeros de la cólera de Cristo maniatados con las bandoleras de nuestros arcabuces, se dirigió hácia mí tan recto como una bala, y abrazándome (ah! jamás olvidaré aquel día que fué el mas lisonjero de mi vida!) exclamó con una voz atonadora que resonó en toda la plaza: «Meo de Ischia, sin tu apoyo, los españoles serian todavía dueños de Parma..!» Y desenvainó la espada con la cual acababa de vengar á su hijo.... y me la puso en la mano. Y aquella espada está allí, allí, —dijo el veterano mostrando la alcoba que estaba á su espalda, —allí en la cabecera de mi lecho, la que venero tanto cual si fuese una reliquia, ó una trenza de los cabellos de aquella muger tan querida que fué madre de mi Rosa. Ah! pobre Pedro Luis! no has olvidado ¡eh! aquella brecha de Parma y la derrota de los españoles! No! *por Dios santo!* no puede haberlas olvidado, compañeros! nuestro duque es harto esforzado y magnánimo! Esos miserables son quienes le escitan contra mí; ellos son! desde que habita esa bienhadada ciudad de Parma (que siento casi haber cooperado á tomarla) ha abandonado al parecer el estado de Castro y á sus antiguos servidores; desde aquella época, el árbol de mi vida comienza á inclinarse, y todo torna al parecer contra mí; sabeis que las moscas acometen á los caballos que carecen de cola... Pero paciencia; réstanme que acampar aquí pocos días; en cuanto á Castro, guardate del papa! Necesitarás mas de mil años para arruinar esta pobre ciudad (1). Ademas, mientras que esta mano pueda sostener una onza de hierro, el anciano Meo disparará siempre su carabina en defensa del ducado y de Pedro Luis. Justa ó injustamente, es nuestro soberano, es mi gefe! y como tal le respeto y venero. Solo Dios puede saber la felicidad que deseo al esforzado comandante, á quien se le ha visto siempre bajo la tienda del soldado, no mandando á sus tropas adelante, sino mostrándoles el camino!

Habiendo Meo de Ischia terminado de este modo su narracion, se levantó de nuevo; hizo llenar los vasos, é invitó á sus huéspedes á brindar por segunda vez por su héroe.

—Ah! *povero Pietro Luigi!* exclamaba de nuevo; pero el conde de Montanto lo sabia por esperiencia, cuando el anciano Meo empezaba á hablar de sus proezas, era difícil hacerle callar antes de que hubiese pasado á todas revistas. El conde pues le preguntó acerca de su última campaña, esperando que, una vez referida, no hablaria de las anteriores, y que precisado de este modo seria mas conciso. El lector se habrá imaginado naturalmente que el teniente general de infantería, segun costumbre de veteranos y viajeros, era un tanto prolijo en la narracion de sus aventuras; nada de esto. Meo de Ischia se habia distinguido y colocado efectivamente en primera línea en la expedicion de Parma y otras campañas, y podia pasar ciertamente, como lo creian casi todos, por uno de los *condottieri* mas intrépidos de Pedro Luis. Su última campaña, despues de la cual se habia retirado del servicio, fué la expedicion contra los habitantes de Sienne, que como hemos dicho, habian invadido algunos años antes el ducado de Castro. Al oír la pregunta de Adelchi cayó á plomo sobre su silla, y limpiándose el bigote con su servilleta, dirigióle una mirada que revelaba agradecimiento, y la satisfaccion de un hombre dispuesto á cumplir con el deseo de otro, cuando este deseo le colma á él mismo de alegría. Gandolfi dejó escapar un gesto de impaciencia, y Rosa y Fioretta se encogieron de hombros. De cinco oyentes, solo Adelchi, por urbanidad, y la anciana, que jamás se cansaba de oír hazañas de su amo, y que se complacia en repetir las en todas partes, como cosa propia, Adelchi, decimos, y la anciana fueron los únicos que prestaron oído al veterano, el cual empezó de nuevo del modo siguiente:

—Aquella vez, aquella vez, con la ayuda de nuestros arcabuces, llegamos hasta la plaza del Monte-Pulciano para beber en ella una copa de vino de Aleatico. Los comedores de *polenta* creyeron que era mejor escaparse que permanecer en la plaza, y pienso no les quedaria el menor deseo de volver á nuestras Maremmes. Juan Bautista Castiglione, vuestro teniente general de infantería, y yo mandábamos las antiguas bandas del duque; pero el alistamiento en masa de los aldeanos, en aquella refriega, coronó verdaderamente el peon á nuestros veteranos,

(1) Castro fué completamente arruinado por las tropas pontificias.

nos eclipsó á todos. ¡No habreis olvidado que marchaba bajo las órdenes del caballero Memmo de Tor-Crognola, aquel jóven esforzado! ¡Qué lástima que no sea militar! ganó en aquella refriega las insignias de coronel.... ¡Pero pobre diablo! jamás se le reconoció este grado. «Veremos; nos ocuparemos.» ¡Ya sabeis! las excusas de los soberanos, porque pasado el peligro, no se inquietan por aquellos que lo han atajado.... ¡Las insignias de coronel he dicho! el baston de general, debía decir mas bien, porque si no se hubiera hallado allí, hubiera costado mucho á los florentinos llegar á Castro.

—¿Y Mariaccio, mi sobrino? interrumpió Nena, que no podía sufrir se pasase en silencio su objeto predilecto.

—Tu sobrino Mariaccio, mi buena Nena, es un valiente de las Maremmas; y cuando se pone á ello, nada escasea; vuestro Sibudella sabe alguna cosa de él; ¡señor conde! Pero volviendo al caballero de Tor-Crognola; nadie pudo llegar á tan alto punto como él en aquella campaña; y el mismo Pedro Luis tal vez no habia hecho tanto, *per Dio santo!*

Fioretta desde el ataque brusco del impúdico bravo de Castro, se habia retirado detrás del sillón de su señorita, para librarse de una renovacion de hostilidades. Aquella retirada que desagradaba á Gandolfi, el fastidio inevitable del discurso oído mas de cien veces, los elogios tributados al caballero de Tor-Crognola, á quien detestaba cordialmente desde cierta circunstancia en la que este caballero le habia hecho cumplir con su deber, todas estas causas influyeron sobre el mismo Gandolfi; quien además, segun su laudable costumbre, habia bebido desmedidamente; de modo que salió de repente de juicio y empezó á proferir invectivas contra Memmo, hácia el cual el antiguo teniente general profesaba un tierno afecto. La amistad del veterano hácia este jóven llegaba á tal punto, que si sus fortunas hubieran sido iguales, Meo no hubiera buscado otro esposo para su querida hija.

—¿Y qué hazañas ha hecho, pues, ese tonto? decia el bravo: ¡hazañas de rústico y de gente de su jaez! Mirad, señor Meo, en vez de elevar á las nubes á semejante zopenco, hareis mejor en desconfiar un tanto de vuestro juicio.

Meo de Ischia, por su parte, no habia dejado reposar su vaso: la injuria habia sido directa para un hombre de su experiencia y de ese carácter pronto, que la edad no habia entibiado. Sus manos secas y nervudas oprimian convulsivamente los bordes de la mesa que crujió bajo su esfuerzo. Sin embargo, la anciana Nena al ver el ataque de que su amo era objeto, se colocó inmediatamente detrás de él, y acompañaba la mirada penetrante de Meo con otra no menos expresiva.

—¿Veis, *signor capo-banda?* replicó vivamente el antiguo *condottiere* con una voz grave que apenas disimulaba su despecho; sois jóven y os compadezco. Cuando os hallabais todavía en la mente divina, ó en el vientre de vuestra madre, hace esto veinte y cinco años, Meo de Ischia llevaba ya las insignias de coronel de las bandas negras del difunto duque, tío de nuestro Pedro Luis. ¡Y querias enseñarme á discernir el mérito militar? ¡Ah, ah, ah! esto causa risa, por no decir otra cosa. En cuanto á las hazañas del caballero Memmo, ¡queréis que os las refiera! Ignoro cuáles son, de entre las vuestras, las que podrian sostener la comparacion; no dejarian de ser ciertos actos de vuestra vida, que por honor vuestro deben permanecer en el olvido.

La antigua nodriza prorumpió en una exclamacion gutural, como para aprobar la contestacion enérgica del veterano. Las facciones de Gandolfi tomaron una expresion singular, magnífica en su género, y propia para intimidar á otro cualquiera que no hubiese sido el antiguo general: se hubiese creído ver al Dios de la guerra y de la carnicería. Felizmente para el reposo de aquella noche, el vino de Cellere no es tan espirituoso que embriague á todos los que vacien algunos vasos de él. Las negras y pobladas cejas del bravo estaban fruncidas; su rostro inflamado por la cólera y el vino, su labio superior que descubria una línea de dientes blancos como el marfil, expresaba una sonrisa desdeñosa y feroz, mientras que su curtida diestra acariciaba el mango de su rico puñal. Por otra parte, una de las manos del veterano habia abandonado la mesa; y habia desaparecido en el ancho bolsillo exterior de su perpunte; y probablemente hubieran venido á las manos, si el conde de Montanto, levantándose de su silla y tirando amistosamente de los bigotes de Gandolfi, no hubiera convertido aquello en chanzoneta.

—Amigo, has empuñado el codo esta noche, y no ves claro en tu juego.

—Padre, añadió Rosa trémula, recordad que mañana á las cuatro debeis reunirnos en la *Passione* con los de Farnesio para cazar con ellos, y han dado ya las siete. Además estos dos señores deben estar fatigados, y lo mejor que pudiéramos hacer, era retirarnos todos.

—Dame un vaso de agua, hija mia, dijo el veterano todavía cólerico.

Habiéndose apresurado Rosa á servirle, vació el vaso de una tirada y se trasladó de un aposento á otro con paso firme y presuroso,

no sin llevar consigo su descomunal arcabuz que habia dejado al entrar en un rincon del salon. Dejaba á las mugeres el cuidado de ocuparse de los dos extranjeros. Gandolfi moviendo la cabeza, le acompañó con la mirada hasta su salida. En cuanto á Rosa, se aproximó tímidamente al conde, y le dijo en voz baja algunas palabras, á las cuales contó lo del mismo modo inclinándose ligeramente. Su linda interlocutora se despidió de ellos, y dijo á la nodriza:

—Cuando los *signori* lo viesen, les conducireis al aposento donde se les han preparado los lechos.

Habiendo hablado así, siguió á su padre. La habitacion se componia de dos aposentos en el piso superior de la torre: la casucha que se apoya en el antiguo edificio, tenia únicamente una sala y un gabinete contiguo que ocupaban generalmente las dos aldeanas. Meo y su hija habitaban los pisos de la torre. Pero los habitantes de la *Torraccia* est ban sumamente pobres, que respecto de lecho no tenían sino precisamente lo necesario: y por esta razon se habia designado á los dos huéspedes los de las dos aldeanas que habian cubierto con sábanas toscas pero de una blancura estremada; y se disponian á pasar la noche en el suelo en el salon. No era aquello una cosa extraordinaria y de la que tuviesen derecho para quejarse, porque nadie ignora que las mugeres del pueblo de los Maremmas estan acostumbradas por necesidad á dormir sobre el tosco pavimento de las cabinas, cuando el sitio donde trabajan dista mucho de sus casas para que puedan volver á éstas todas las noches.

El bravo de Castro, en el cual el vino producía su efecto, se vió con satisfaccion libre de la presencia del anciano, y sobre todo de la de Rosa. Sin otro preámbulo, se lanzó sobre la pobre Fioretta, la levantó como una pluma sobre sus brazos hercúleos, y se puso á pasear con ella por todo el aposento colmándolo de caricias y de palabras halagüeñas, mientras que la pobre niña le resistia en vano con todas sus fuerzas. Figúraos á la jóven aldeana forcejando en el cuello de aquel apasionado, casi enteramente privada del uso de su razon; á Adelchi interponiéndose, aun cuando prorumpió en carcajadas á la par que su impúdico amigo, á la anciana cólerica corriendo acá y acullá por el aposento gótico en persecucion del raptor, y amenazándole, injuriándole y tirándole del cinturon, y formareis un cuadro digno del pincel del incomparable Pinelli. A fuerza de tirar, el cinturon se desprendió, las pistolas y el puñal cayeron al suelo; y Gandolfi que á efecto del vino de Cellere no se podia sostener en pie, enredándose en el cinturon que pendia, cayó al suelo con la pobre Fioretta en los brazos. El temor, como se dice, fué mayor que el daño. Pero la anciana asiéndole la garganta como un animal cuyos hijos se le arrebatan, le contuvo exclamando:

—¡Por el alma de mi pobre tío el cura! si el amo se hallase aquí, el asunto terminaria con sangre; le habeis buscado ya camorra e ta noche, *per Mio!*.... ¡Qué desesperado! solo el vino obra en él! ¿Y por quién nos tomáis aquí? ¡Oh, guardaos! ¡Y bajo el techo que os sirve todavia de asilo!

El bravo al pronunciar estas palabras á las cuales se unió Fioretta amenazando gritar si no cesaba en sus familiaridades injuriosas, se levantó, y sin recoger su cinturon ni sus armas, saltó del salon bajo la escolta de Nena, á quien arrebatava la alegría de haberlos separado tan pronto. Entonces vacilando y midiendo el aposento en todos sentidos, cual un geómetra sobre el terreno, fué á acostarse vestido.

—Oh! mi querida mamá, qué susto! dijo Fioretta recogiendo las armas y el cinturon de Gandolfi: si hubiera disparado una de sus pistolas, ¿qué hubiera sido de nosotras? Es loco ese diablo! Qué desgracia! un jóven tan bello!

Adelchi tomó por precaucion su carabina, y siguió igualmente al gabinete á la anciana Nena, quien le sacó las botas. Quiésose entonces su cinturon, puso, segun su costumbre, sus pistolas y puñal bajo la almohada, y se acostó vestido sobre la colcha, á pesar de las vivas amonestaciones de la nodriza. Esta, habiéndose separado de él y dándole las buenas noches, volvió á la sala, donde estendió algunas colchas viejas para preparar su cama y la de su hija. Fioretta corrió á echar el cerrojo de la puerta que comunicaba con el gabinete, donde estaban ambos amigos, porque temia aun de parte del bravo algunas de sus travesuras habituales.

—Debiérais haber roto la cabeza á ese desgraciado señor Titta, mamá! hubiera sido mejor todavia, dijo.

—Romperle la cabeza?... Sí, *per Mio*, tienes razon!.... Lo mejor es castigar á uno de estos malditos petardos! replicó con altivez la anciana mostrando una de las pistolas del bravo; y hubiera muerto con el arma empuñada! Pero ahora no hay ya peligro; escucha: no ronca ya? Un cañonazo no le despertaria.

—Ha bebido una buena dosis, y el amo no lo ha hecho mal, sin olvidar al señor conde que tambien tiene la suya. ¿Sabeis, mamá, que el vino de Cellere no es malo?

—Y nuestra señorita que apenas ha desplegado sus labios! apenas ha cenado! Qué razon de mármol, *per Mio!* Ah! si el verdugo no termina.... Basta! estoy alerta!

Y entonces madre é hija, *presto presto*, sin sentarse, se confortaron

con los restos del festín rústico; despues, habiendo apagado la luz, se acostaron en el suelo al lado de la chimenea. Muy pronto el silencio de la *Torraccia* no fué interrumpido sino por los ronquidos de Gandolfi, por la oscilacion de su péndulo de cuclillo (1), y por algunos gruñidos de Timon, el que, habiendo participado de la abundante cena, la digirió soñando que perseguia una pieza de caza.

IV.

Todos los habitantes de la *Torraccia* reposaban tranquilamente, á escepcion de Rosa de Castro, la cual pasó aquella noche, como habia pasado otras muchas, desesperándose, llorando su debilidad, y la crueldad de un seductor. Al dar el reloj las tres, se levantó, encendió su bugia, y entró en la alcoba de su anciano padre. Meo de Ischia dormia profundamente, apoyado su cabeza en su mano: la expresion imponente de su rostro marcial, sobre el cual reflejaban los débiles rayos de la luz que llevaba su hija, parecia, aun en medio del sueño, animado por los recuerdos de sus antiguas batallas. La espada de Pedro Luis se hallaba suspendida á su cabecera: era una especie de daga ó largo puñal, adornado con suma magnificencia. Rosa, al verle tan tranquilamente dormido, preguntóse á sí misma si debía despertarle: púsose á reflexionar en los tiempos felices en que disfrutaba ella misma de un reposo halagüeño, y surcaron sus pálidas mejillas algunas lágrimas.

—Padre, levantaos; han dado las tres, dijo por último, moviendo ligeramente el hombro del anciano. El antiguo *condottiere* abrió los ojos, y sus primeras miradas reflejaron en el angelical pero profundamente afligido rostro de su hija.

Querida Rosina! dijo, atrayéndola hácia él suavemente y besándola en la frente: sin tí, querida mia, el sueño me hubiera sustraído á la hora. A decir verdad, se bebió ayer un vaso mas que de costumbre, y... Pero te sientes indispueta, Rosa! qué tienes? Dilo á tu anciano padre, que no tiene otro consuelo en el mundo sino á tí y al recuerdo de sus buenas acciones.

La jóven suspiró denotando melancolía, y Meo esperó un momento una respuesta mas explícita, pero fué en vano; entonces suspirando á su vez profundamente, bajó de su lecho y concluyó de vestirse. Su traje fué exactamente el de la víspera: con el arcabuz bajo el brazo descendió la escalera que conducia al cuerpo del edificio, precedido de su hija que le alumbraba. Al llegar al gabinete en que se hallaban los dos extranjeros, vieron al conde que hacia algun tiempo se habia levantado, que no pudiendo sufrir los atronadores ronquidos del bravo, le habia movido con fuerza. El sueño no habia disipado completamente la embriaguez de Gandolfi, quien buscaba camorra con el *contaccio*, interruptor de su reposo.

—Oh! haces bien, *sanguì di!*..... Porque no puedes dormir vas á molestar á los demas! y se acostó de nuevo murmurando blasfemias.

—Buenos días, *Illustrissimo*, dijo el anciano á Adelchi, atravesando el aposento. Madrugaís mucho esta mañana: habeis tenido mala cama? Yo voy directamente á la cita de caza en la *Passione*, donde me esperan los de Farnesio. Dispensadme si no habeis sido tratados como mereceis, y hasta luego!

—Hemos estado perfectamente, contestó Adelchi: volveremos á ver al señor Meo, y esperamos que querrá honrarnos con su presencia en la *Rocaccia*.

El anciano no oyó estas últimas palabras, porque habia entrado en el salon. El fiel Timon, al oír la voz de su amo en semejante hora, conoció inmediatamente de lo que se trataba, y abandonó el rincón del hogar para salir al encuentro de Meo de Ischia, ladrando y moviendo la cola. Nena, sosteniendo con una mano contra su pecho una colcha vieja de lana azul que habia arrojado sobre sus hombros, fué con su hija á abrir la puerta de la casa.

—Hace viento trasmontano, Nena! dijo Meo; escelente para la caza! Quién lo hubiese dicho al ver ayer el tiempo?

—Tomad el camino de la *Argentiera*, le aconsejó la nodriza, á fin de llegar mas pronto.

—Timon! Timon! aquí! aquí! gritó el veterano con un tono áspero y agudo, despues de haber silbado fuertemente repetidas veces á su fiel compañero, mas bien por costumbre que por cualquier otro motivo. Sin embargo, Timon, brincando como para recompensar la inercia de la víspera, precedia á su amo por el camino, y corria hácia adelante, retrocedia y vagaba por los matorrales en todas direcciones. Poco despues oyóse resonar la corneta del antiguo *condottiere* en la cima del *Gricciano*; y los ecos del antiguo bosque repitieron los sonidos monótonos, por medio de los cuales Meo de Ischia acostumbraba á anunciar su partida ó su regreso.

En aquel momento, Rosa apareció ante el conde de Montanto para recordarle una promesa que indudablemente le hiciera la noche anterior, en el momento en que hablaban en voz baja. Adelchi llamó al bravo, quien empezaba ya de nuevo á roncar.

(1) Esta especie de relojes, tan comunes en el norte de Francia, están igualmente en uso entre los habitantes de los *Maremmes*.

—Ojalá te traspasen el vientre mis flechas! exclamó Gandolfi descontento, porque le habian despertado de nuevo: los caballos llegarán á las cuatro, y hasta entonces tenemos tiempo: vamos, vamos, acuéstate de nuevo, duerme, y que el diablo te lleve!

—Oye, loco, dijo el conde, cuando llegue *Sbudella* silbame: voy arriba á hablar con Rosa de ciertos asuntos; ¿has comprendido?

—¿Que hay de nuevo? repicó el bravo incorporándose sin abandonar el lecho despavoridos; porque en aquel momento advirtió únicamente la presencia de Rosa.—Haced lo que gustéis, añadió con una risa brutal; la aurora despunta ya. Voy á ver si por mi parte puedo terminar alguna cosa. Y habiéndose levantado entró en el salon con la esperanza de encontrar en él á *Fioretta*. Pero se engañaba; la prudente anciana habia precisado á su hija á que partiese para el desmonte; y no viendo sino el arrugado rostro de Nena que le contemplaba maliciosamente, exclamó:

—¡Ah! ¡*vecchia di Cristo!* la has mandado fuera de casa. ¿no es verdad? El capellan del duque decia siempre: *quod aufertur, non differtur* (1), y yo digo lo mismo.

—¿Qué monserga es esa, señor Titta? ¡lléveme el diablo si comprendo una palabra de ello! pero si buskais aqui las *fiorture* (2), id á cogerlas á la llanura de Campo Scala. Y al decir esto, la nodriza prorumpió en una risa que parecia un acceso de tos.

—¡Eh! mi buena héchicera, dijo Gandolfi, ¿me has vencido! has maniobrado mejor que yo! ¡Bah! ¡por una vez pudiera advertirse de ello á un monge!

La anciana se dirigió hácia un armario muy conocido de ella y sacó de él una botella negra con un cubilete.

—¡Vamos pues! hagamos paz, señor Titta; este es de años de Francia que regalaron al amo y que traen de Civita-Vechia. Bebed, bebed: esto por la mañana conforta el estómago.

La hermosura de *Fioretta* era en realidad tan notable y rara, que la pobre anciana no desconfiaba de que Gandolfi, á pesar de su mal instinto, accediese á casarse con una aldeana. Por esta razon Nena le profesaba todavía cierta predileccion; y sirviéndole de nuevo licor espirituoso, le dijo con tono casi sentimental:

—¡Ah! yo os quiero mucho, señor Titta: ¿lo sabeis?

—Si me quieres mucho, contestó el bravo, que tu hija me quiera tambien.

—Seria menester.... casarla, insinuó la anciana tímidamente y en voz baja.

Al pronunciar esta palabra, Gandolfi la volvió la espalda con desden, y habiendo reparado el desórden de sus vestidos y apretado su cinturón para colocar en él sus armas, calóse su sombrero de un puñetazo, cogió la carabina, y fué á sentarse próximo á la entrada en un banco de *travertino* donde esperaba los caballos. Nena le vió partir y fué á volver á llevar la botella diciéndose á sí misma:

—¡Pobre diablo! otros peores que él han tratado de vender á Nena *Spiegati!* ¡se cree habérselas con alguna necia ó inocente; *per Mio!* tendrá que variar de opinion.

El rumor de pasos que se aproximaban avisó á Gandolfi; media hora despues *Sbudella* y otro satélite del conde llegaban á caballo, llevando aquel de las bridas el caballo del señor y este el del bravo: Un chabrárs guarnecido de encarnado, muy semejante en la forma á nuestras sillas comunes con pistoleras en el arzon, un arnés negro guarnecido de plata, la cabezada adornada del mismo metal en la que descollaba un penacho encarnado y terminaba por dos correas entrelazadas: tal era el jaez singular de los soberbios corceles de ambos militares. Eran dos caballos de la mejor raza del territorio romano, raza que en vigor, foga y estampa no cede á la Inglaterra ni á Andalucía. El de Gandolfi era un caballo jóven de Cisterno de una talla mediana, fuerte y vivo; el del conde de que se ha hablado ya, era un caballo de siete palmos, bayo y notable por su estampa.

Los caballos de *Sbudella* y su compañero pertenecian á esa clase basta, fuerte y dócil, que abunda en los *Maremmes*. Los *bravos* del *Contaccio*, ambos vestidos y armados idénticamente, se hallaban encajonados en sillas pesadas semejantes á las de los baqueros: un sombrero de figura cónica con una pluma verde; una casaca de paño de *Matitica*, cortada segun la moda de los *Maremmes*, guarnecida de botones redondos dorados suspendidos de una cadenita del mismo color; un calzon ajustado encarnado, adornado de galones de oro, chalecos con listas negras y amarillas; grandes polainas anchas por la parte superior, cerradas en vez de corchetes por una presilla de hierro que atravesaba muchos anillos, y armadas de espuelas formidables; un cinturón de piel antea bastante sucio, del que pendia un largo cuchillo, y por último una pistola colocada entre el ginete y el pomo de la silla.

—¿Han lavado con vino á *Farfarello*? dijo Gandolfi tomando las

(1) Literal. Lo que se pierde no se difiere; pero sin duda el valiente, filósofo como un hombre de su estado, invirtió el órden de las palabras, que debió ser: *quod differtur non aufertur*, es decir, lo diferido no has perdido.

(2) Alusion á las palabras latinas precedentes que, pronunciadas por una italiana, casi se oye el sonido de *fiorture*, y alusion al mismo tiempo al nombre de *fioretta*, florecita.

bridas de las manos de su compañero. Este Sbudella tenía una de las caras mas horribles que es posible ver en una galería; un rostro delgado, una mirada miope, la nariz dividida por una cuchillada, patillas y bigotes rubios, una boca ancha como de un horno y privada de la mayor parte de los dientes, consecuencia de la misma herida cuya cicatriz descendía hasta la barba: tales eran las facciones principales de aquel rostro propio para inspirar espanto. Acusado de robos en despoblado, de homicidios, etc. habiendo escapado milagrosamente del poder de los jueces y de las manos del verdugo, habia ido á refugiarse á los dominios feudales de Adelchi, quien hallando en él cierto valor ó mas bien cierta ferocidad, habia reconocido en este criminal un ministro digno de su soberano poder. Hallábase dispuesto siempre á arriesgar su miserable vida cuando se trataba del servicio de su protector, á cometer nuevos crímenes sin remordimientos, y siendo discreto en el peligro mismo de su vida, habia llegado á ser el favorito del conde.

—Ciertamente, Ilustrísimo, contestó este criminal á la pregunta del bravo de Castro, llevando la mano izquierda á su sombrero para hacerle girar sobre su cabeza; se ha cuidado á vuestro Farfarello como el *Buttafuoco* del señor; hanse saciado. ¿Me pagareis unas copas? lo merezco; porque le he dicho por el camino á este perillan de Cioften, quiero sacar hoy algun *quattrecio* del bolsillo del señor Gandolfi.

Volvamos á nuestra pobre Rosa: manifestaremos suficientemente el resultado de la conferencia que tuvo con Adelchi, diciendo que este bajó precipitadamente del piso superior de la Torraccia con las facciones demudadas, revelando confusion, y como anonadado, ora fuese por sus remordimientos, ora por el exceso mismo de su ferocidad. Y al pasar por el lado de la anciana, la gritó con voz alterada:

—¡Subid, Rosa se halla indispuesta y necesita de asistencia!

La nodriza, al ver la fisonomía del conde, lo adivinó todo; siguióle hasta la puerta de la casa con una mirada que denotaba rabia y dolor, mientras que su mano, pálida como la de un cadáver, se dirigía maquinalmente á su pecho, donde ocultaba su cuchilla. Chocando el *contaccio* violentamente con Gandolfi, arrancó las bridas de *Buttafuoco* de las manos de Sbudella; y aunque el fogoso corcel trataba de encabritarse, y dar sus botes de costumbre, antes que el perillan pronunciase el saludo de ordenanza: «buen viaje á *Vos Ustrisima*,» ya se hallaba montado el conde.

—Eh! eh! ¡qué furia, *padron della Rocaccia!* exclamó el bravo de Castro; tenéis aspecto de haber perdido los estribos esta mañana! Y sin esperar la contestacion que su compañero no parecia se hallaba de humor de darle, montó con ligereza en su corcel de Cisterno que hacia corvetas á derecha é izquierda, y todos emprendieron silenciosos el camino de Rocaccia de Montanto.

Ambos subalternos se dirigieron á hurtadillas algunas miradas como para decirse:

—¿Qué tiene el señor esta mañana?—Pero Sbudella, fino como un ladrón, procurador del rey, ó un gendarme, infringió inmediatamente de lo que procedía. Recordando ciertas palabras bastante imprudentes que le habia referido Mariaccio, el sobrino de Nena, palabras que sonaban desagradablemente en su oído, y alentado por el favor de que gozaba con el conde, se atrevió á decir á su señor, santiguándose devotamente:

—Si no os casais con esa pobre señora Rosa, morirá de ello con el corazón desgarrado, ¡por la cruz de Nuestro Señor!

—Si muere, la tierra la cubrirá, replicó el infame Adelchi, moderando el paso de la comitiva que hasta entonces habia marchado á trote largo. Su fisonomía se habia serenado, aunque cuando el alma de semejantes malvados es turbada accidentalmente por los remordimientos de algun nuevo atentado mas bárbaro que los demas, no tardan en adquirirla, sumiéndose de nuevo en el cieno de sus crímenes. El compañero de Sbudella viéndole completamente tranquilo, tuvo el atrevimiento de dirigir la palabra á su señor. Este, G iofano, era aproximadamente un hombre de 30 años; merced á la calentura que reinaba en el país, y aquella otra enfermedad de la que se dice fue atacado Francisco I uno de los primeros de Europa, su rostro estaba pálido y arrugado como un hongo, uniendo á esto dos ojos salientes blancos, y una cabeza de calabaza vacía, mas dura que el mármol y cubierta de estopa. Este criminal gozaba de mucho favor con el conde de Montanto, porque nunca hubo espía antiguo ó moderno, agente provocador tan diestro como este miserable para referir á quien le pagaba lo verdadero y lo falso, tanto respecto de sus compañeros y servidores como del público: jamás hubo un Seida fanático mas esperto para encender la tea de la discordia. Por esta razon los espías y otros criados del conde le habian puesto el mote de *Solfanello*; hubiera sido difícil saber su verdadero nombre, en vista de que, segun toda probabilidad, era un espósito. Pero sucedió que como este desgraciado á sus muchos méritos reunía el de balbucear como un niño de *Solfanello*, se convirtió muy pronto en *cioffane* (tartamudo). Muy atendido por el conde, á quien importaba mucho conocer por medio del espionaje las disposiciones secretas de su partido, no era un hombre con cuyo valor y capacidad podia

contarse realmente, aunque en circunstancias apremiantes disparaba su fusil como cualquiera otro. Este estancioso interesante empezó á quejarse al conde de un encargo que le habia confiado.

—Ve.... ve.... veis, se.... se.... señor *per.... cri.... cri.... Crillo*. Me.... me ha.... ha.... hallo tan fa... fa.... fati.... fatigado, que que que no pue.... pue.... puedo mas. Es.... es.... esa muger que se ha en.... en.... encerrado allá, allá, allá bajo, en el sub.... sub.... terráneo, gri.... gri.... grita noche y di.... di.... día; no pue.... puede perma.... permanecer tran.... tran.... tranquila. Yo.... yo.... yo no.... tengo va.... va.... va.... valor para causar tan.... tanto daño á una po.... po.... pobre mu.... mucha.... muchacha. ¡*Per cri.... cri.... Crillo!* ha.... ha.... haced la vi.... vi.... vísite ese ver.... verdugo de Sbu.... Sbu.... Sbudella, que abriga el co.... corazón de los ju.... judíos que que cru.... cru.... crucificaron á Nu.... Nuestro Se.... Se.... Señor. Es.... Esta ma... ma.... mañana vi... vi.... vino el padre llorando; porque su muger ha.... habia mu.... muerto; y que.... que.... queria volver... volver á ver á su su su hija: pu.... pues bi.... bien! a.... a.... aquel perro, si no hu.... hu.... hubiese es.... es.... estado allí, que.... que.... queria degollar á ese des.... desgraciado co.... como un cor.... cordero! Abi ¡qué co.... co.... corazón, *per.... cri.... cri.... Crillo!*

—Sbudella, cuando vaya el padre, entrégale á su hija: ínterin, sácala del subterráneo, y colócala con las demas mugeres: que sea tratada cual corresponde. En cuanto á la anciana, dile que enmudezca, porque de lo contrario la mandaremos al otro mundo sin confesion.

—*Vues Ustrisima* será obedecido, contestó Sbudella mirando atónito á Solfanello, triunfante por aquella buena accion, y atribuyéndose completamente el mérito, así como lo verificaba con toda accion vituperable de que era diariamente culpable.

—¡Mil gracias, señor conde! exclamó el bravo de Castro; si permitis á Guiletta se marche, no encontraremos ya otra igual. ¡Bravo, señor conde! ¡Verdaderamente no era difícil hacerla arrebatar, *per Crillo!*

Adelchi no respondió; volviéndose hácia Sbudella, se contento con decir con tono grave:

—¿Has oído lo que te he dicho? Que todo se ejecute puntualmente y sin tardanza.

—*Vues Ustrisima* no podrá dudar de ello, contestó el bandido dando un fuerte puñetazo en su sombrero.

Los cabreros y demas pastores que encontraban la cabalgata, ó corrian á ocultarse en los sotos, ó si no tenían tiempo para fugarse aterrados, con el sombrero en la mano, ó inmóviles como rocas, esperaban que pasase la coritiva: en efecto, nadie hasta entonces se habia felicitado de haber observado en ocasion semejante una conducta menos prudente.

—¡Ved que.... que.... que huellas de ca.... ca.... caza! exclamó Solfanello mostrando las huellas de un jabalí que habia atravesado con otros el camino. Han pa.... pasado la noche por.... por.... por aquí; que so.... so.... solitario; pe.... pe.... *per.... cri.... Crillo!* se cre.... cre.... creería un buey; yo me conten.... ten.... taria con su piel.

Los clarines de Farnesio, despues los ladridos de los perros y los latigazos de los picadores, que á favor del viento se oían á lo lejos en las montañas de Castro, anunciaban que Meo de Ischia y sus compañeros habian soltado los perros en las primeras huellas.

En aquel momento, los rayos del sol reflejaban en las pendientes de los valles de Carino y los matorrales de San Julian. Habíase movido una trasmontana que *traspasa*, como dicen los habitantes de los Maremmes, y aquella brisa matutina impelia hácia el mar las nubes formadas en la vispera, como para sumirlas en él. El sendero que seguian los ginetes estaba cerrado por una y otra parte de acebos, mirtos, laureles, guindos de mar, y otros arbustos que permanecian siempre verdes; plantas indígenas de aquellos bosques admirables. Sus ramas, inundadas todavía por la lluvia nocturna, bañaban de pies á cabeza al conde y á todos los de su comitiva, demostrando así la utilidad de sus calzados impermeables. Aquel que no vió á aquella hora de la mañana fijarse en las hojas las grandes gotas de agua ó de rocío, y brillar cual otros tantos diamantes al reflejo de los primeros rayos del sol; quien no oyó á la trasmontana murmurar magestuosamente á través los esbeltos y los derribados chopos de Montanto, cuyas cimas orgullosas hace doblar con su silbido; quien no vió los madroños de Costoncino con su brillante púrpura, suspendidos de las ramas inclinadas bajo el peso de los racimos; volar las mirlas hácia sus nidos, lanzándose agudo y prolongado grito de alarma, que se asemeja á la carcajada de los locos maliciosos; mecerse el milano sobre el ala de los vientos, y rápido como el rayo caer sobre la presa que fascinaba con su mirada; aquel que no vió en aquella hora todos estos objetos, aquel conseguirá difícilmente formarse una idea del espectáculo mas pintoresco, original y seductor que la imaginacion mas viva pueda no solamente crear, sino aun trazar en sí misma. Al bosquejar aquella débil pintura, inundé de lágrimas de pesar.... diré, casi de desesperacion,

el papel medio emborronado por mi pluma: ¡el desgraciado proscrito dicese que jamás hollará acaso ya aquel suelo adorado!

Volvamos á nuestros viajeros: de vez en cuando cogian algunos que se hallaban á su alcance, y sin detenerse los comian; disfrutando distraídos de aquellos dones de la Providencia, cuyo aspecto es superior en verdad á su mérito intrínseco para quien no goza de ellos en los matorrales de Montanto. Por último, despues de haber bajado y subido diversas pendientes, halláronse á los pies de la Rocaccia, cuyo informe pero colosal edificio se elevaba amenazador sobre sus cabezas.—¡Al presente está destruida la Rocaccia de Montanto! Una grande torre cuadrada, algunas otras ruinas esparcidas, vastos subterráneos, atestiguan que en los siglos pasados la fortaleza dominaba cual una reina los vastos bosques de Montanto, de Pescia y Campo Scala, verdes moradas del astuto jabalí, del rápido gamo y de otros tantos animales que constituyen la presa favorita de los Maremmes. ¡Oh Pescia! ¡Campo-Scala! ¡Montanto! ¡La suntuosidad de las soberbias capitales es otra cosa sino una cárcel dorada, en parangón de vuestros bosques seculares y jarales siempre floridos?

Habiendo llegado á la cima del monte donde está situada la Rocaccia, se vé elevar el sombrío Monte-Argentino que se interna en el mar de Orbitello como una mole gigantesca. Las montañas de Córcega y de la isla de Elba, naciendo en el dilatado seno del Mediterráneo, limitan el horizonte; y á vuestros pies las azuladas olas del Fiora que serpentean con lentitud á través de la vasta y fértil llanura de la Abadia, completan aquel espectáculo indescriptible, digno del pincel de un Poussin ó de un Ruysdael. ¡Oh cuadro grandioso, inefable! ¡Oh cruel recuerdo para aquei que bajo el peso de injustas cadenas no tiene otra perspectiva ante sí, que un destierro eterno!

SEGUNDA PARTE.

Un prolongado estremecimiento de cólera y de dolor.

ARIOSO.

I.

El caballero de Tor-Crognola, la tarde de aquel mismo día, se hallaba sentado en la parte de afuera de su castillo en un banco de piedra dilatado y estrecho que tenia por respaldo la antigua muralla: conversaba allí con algunos de sus hombres de armas, sin ocuparse de la trasmontana que era cada vez mas fuerte. Todo el esterior de Memmo indicaba que no podia pasar de cuatro lustros, aun cuando cierta gravedad y algunas arrugas que surcaban su frente, revelasen al mismo tiempo que no habia pasado siempre su vida en el reposo y los placeres, pero sí muchas veces en los peligrosos ejercicios de la caza de los Maremmes, y otros peligros mas reales y gloriosos. Sus ojos, su corta y espesa cabellera, su barba todavia naciente, ó mas bien el bozo que le apuntaba ligeramente y de un modo gracioso, la parte interior de su rostro era moreno; sus dientes eran hermosos, su figura noble y regular; una espresion extraordinaria de dulzura dominaba una ligera sombra de altivez, ó mas bien de susceptibilidad; su estatura aventajaba á la general; sus formas muy proporcionadas anunciaban una fuerza poco comun: tal es el retrato físico del noble jóven de Castro. Un sombrero de anchos y pendientes bordes, de forma baja y un tanto cónica, ceñido por una cinta verde que sujetaba una pluma de garza real; una chupa color de castaña adornada por una fila doble de botones de filigrana de plata; un cinturón napolitano color de púrpura mezclada de esas líneas amarillas de oro que tanto armonizan con el brillo natural de una tela de seda; una casaca de terciopelo carmesí, un elegante maillot de paño azul, y el calzado sólido de un cazador y de un campesino de los Maremmes, con polainas sencillas guarnecidas de herretes de latón, componian su traje modesto. Una correa negra muy limpia que sosteniendo dos largas pistolas que pendian de su cintura, oprimia sus lados por encima de ella; el puño de un cuchillo envainado brillaba en la entrada de un bolsillo practicado en el calzon á lo largo del muslo izquierdo, y una escopeta descansaba á su lado, en el ángulo formado por el banco y la muralla.

Los ocho ó diez hombres de armas que conversaban con su señor, lejos de asemejarse á los perdona-vidas del *contaccio*, tenian en su aspecto no sé qué de francos y de militar. Su traje se asemejaba mucho á un uniforme; en su conjunto era el de los modernos guardabosques franceses; excepto que se veia en aquellos mas regularidad y limpieza. Consistia en una levita de color oscuro con una ancha plaza de plata, con las armas en relieve del caballero; un sombrero á la tirolesa guarnecido de un pompon de oro y una escarapela blanca y amarilla, notable por sus dimensiones; las carrilleras del mismo color que la levita; botas de montar con las espuelas segun la moda de la Romania. Algunos estaban armados de escopetas, otros de carabinas ó de trabucos; cada uno de ellos llevaba á su lado un sable corto y corvo.

Uno solo se distinguia entre todos los demas, tanto por el traje como por las armas, semejantes en un todo á las del señor, á excepcion de que el colete, la chupa y el calzon, sin diferir de forma, era todo de terciopelo negro, traje que vestia por especial privilegio como favorito del señor de Tor-Crognola, en lugar de la librea de los demas, y que todavia al presente, en aquellas comarcas, es adoptado con preferencia por los gefes de guardias y otros empleados superiores. Este hombre era el Mariaccio, ó Mario, sobrino de Nena, á quien conocemos ya. Aunque no se le pudiera llamar la flor de los caballeros, no era un ser que se debia despreciar. Su carácter, sumamente irascible, le habia sumido en una porcion de querellas, de las que habia salido, si no con gloria, al menos sin mancillar su honor. Estas pendeccias habian nacido de uno de esos momentos de irreflexion, durante los cuales un temperamento bilioso, obrando sobre las manos mas bien que sobre el corazon, impele al hombre á tomar la justicia por su mano contra un agresor atrevido. Errante por entre los matorrales del ducado de Castro, teniendo incesantemente los esbirros en su busca, perseguido infatigablemente por los parientes del muerto, habia pasado una vida semejante á la del famoso José Mastrilli, dando siempre buena cuenta á cualquiera que iba á buscar camorra con él, pero sin hacer daño á ninguno. Por esta razon la anciana Nena no se engañaba cuando decia de él que *era una alma diversa de la de un malvado*; y hubiera podido añadir que Mario era objeto de las consideraciones y del temor hasta de los bandidos mas desesperados de los Maremmes. Por último, el proscrito habia hallado en Memmo un protector poderoso, quien, despues de haberle hecho absolver por su crédito de todos los cargos que pesaban sobre él, le habia tomado á su servicio. Y verdaderamente Mariaccio no tenia semejante en fidelidad y gratitud; pero el hombre reconocido raras veces abriga malos sentimientos, asi como el ingrato jamás los abriga completamente buenos. Si escuriosidad conocer su aspecto esterior, diremos que las facciones de su fisonomia, mas bien agradables y espresivas que antipáticas é insignificantes, carecian de lo que exige una descripcion especial; el conjunto correspondia fielmente á uno de esos tipos soldadescos á que tan bien sienta el uniforme, y que el pincel de Vernet sabe reproducir con tanta exactitud. Era un hombre que gozaba de completa salud, de edad de treinta años, robusto, de estatura elevada: su actitud revelaba atrevimiento, y por lo general la actividad de sus movimientos eran como indicios de su existencia pasada, y recordaban á los imprudentes que Mariaccio tenia en tan poco la vida de otro como la suya propia.

Mariaccio, pues, á quien llamaremos de vez en cuando el hombre de Canino, viendo que aquella ciudad era el lugar de su nacimiento, se ocupaba en aquel momento en distribuir un pan descomunado, que dividíó con su cuchillo, entre dos mastines negros, destinados para guardar el rebaño; y una quincena de perros de caza de toda especie, que ladrando, y algunas veces riñendo entre sí, formaban un concierto singular, como la de ciertos compositores amigos del cuero y los tambores. Ambos mastines eran los compañeros inseparables de Memmo. Su aspecto revelaba que eran cuando llegaba el caso guardianes formidables: un ancho collar, guarnecido de largas y a eradas puntas de hierro, hacia sobresalir todavia mas su hocico terrible, cubierto de un pelo largo y lanoso. En cuanto á los perros de caza, formaban una jauria tan célebre entre los aficionados de las inmediaciones, que constituian la esperiencia y la habilidad del señor de Tor-Crognola, reputado generalmente por uno de los mejores cazadores del ducado.

Habiéndose terminado el banquete de la familia canina, reinó un silencio general, tanto entre los hombres como entre los animales del patio. Memmo, acariciando las enormes cabezas de sus dos guardias de corps, apoyadas en parte sobre sus rodillas, prestaba oído á los sonidos diversos que, cuando reina la trasmontana, se producen al pasar el viento por los matorrales del monte Paglieto, inmediato á este dominio, como tambien por el murmullo de los riachuelos que por todas partes bajan de las alturas ó circundan su pie. Este concierto es tal, que se pueden hallar en él todos los acentos diversos que la imaginacion exige. Producen estos unas veces los plañideros gemidos de un moribundo, ó los lamentos del amor desgraciado: otras los gritos de furor y triunfo; descargas lejanas de mosquetes; despues de repente una suave melodía, cuyo motivo se inquiriria en vano en todas las páginas de Cimarosa ó de Paisiello; y por último, un murmullo confuso que, sin significar nada preciso, produce mil ilusiones fantásticas.

Aunque el caballero estaba acostumbrado á la perspectiva del magnífico espectáculo que se ofrecia en derredor suyo, no podia sin embargo satisfacerse de ello. Contemplaba el Paglieto, aquel vasto Océano de matorrales que se agitaban turbulentos como las olas. Su mirada vagaba por las llanuras del Piano enclavadas hácia Levante, por las colinas de Campo-Morto, de la Sugnerella y de Tan-Pier-Notto, despues por los innumerables cedros del monte Musignano que, situado sobre laderas de montañas elevadas, se dibuja orgullosamente entre las tres primeras cimas y la triple cima de las montañas de Canino, mas allá de las cuales se entreve por fin la vigorosa vegetacion

de los bosques sombríos de Ischia. Sin embargo el Timon, por las olas siempre agitadas y abundantes, tiene al parecer su origen al pié de aquel vasto anfiteatro; su curso, cubierto por la sombra de los sauces y arbustos, traza en derredor de la fértil llanura un gracioso círculo. En el centro elevábase Monte-Rossi entre la verdura sombría de las retamas; el Monte-Rossi, lugar tan favorable para disfrutar de la caza, que á cada paso se cree ver saltar una liebre ante sí! Efectivamente, en la época en que tiene lugar esta historia, no era aquello una ilusión, sino una realidad; pues la tradición nos manifiesta que no ha mucho tiempo un solo cazador no mataba al día menos de una docena de piezas de aquella caza, de donde procedía este refrán «que en Monte-Rossi cada zarzal tenía su liebre.» A mayor distancia vése por último el puente de la Abadía, maravillosa construcción gigantesca, que arroja su atrevido arco de uno á otro de los bordes solitarios del Fiora, mientras que una torre maciza defiende al parecer el paso denotando amenaza.

Memmo rompió el silencio mostrando con el dedo las nubes que el viento continuaba impeliendo ante él.

—Una trasmontana acompañada de nubes dura poco: mañana al salir el sol debe terminar.

—Indudablemente terminará mañana, contestó Mario; pero se podría apostar que seclará toda la noche, y nos dará de cara para ir allá abajo á la Rocaccia. No digo esto para manifestaros lo que habeis de hacer, *sor padrone*; pero si yo fuera que vos me guardaría de ir con esos perdonavidas que nos hubieran buscado ya alguna camorra, si no tuvieran el designio de verificarlo todo de un golpe. Nada tenemos que ver con ellos: con ciertas gentes es bueno entablar las menos relaciones que sea posible. No digo esto porque tema, vive Dios! porque si se dan t. ompazos por un *bajocco*, quiero tomar por cuatro un quatriño.

En todas cosas es preciso política, dijo su señor sonriendo, y el perro pequeño debe respetar al grande, si no quiere perder alguna parte de su piel. ¿Quién podrá decir que uno ú otro día Dios no castigará á esos miserables? Al presente, obremos con prudencia: he aceptado la invitación del *contaccio*, debo trasladarme allí, y tú, que debes acompañarme, harás que dispongan los caballos al declinar el día, de suerte que á la una estemos en la Rocaccia.

—Vues Ustrísima será obedecida, dijo Mariaccio con tono sumiso, pero que indicaba cierta repugnancia. Plegue á Dios que su venganza no caiga hoy sobre la cabeza de Sbudella!

—Piensa en lo que haces, replicó Memmo; sufre cuanto puedas, y medita que me comprometerías si...

—Dispensadme, soy un necio, interrumpió vivamente el hombre de Canino con suma vergüenza: antes de que habláseis, *sor padrone*, me había arrepentido; de mejor gana recibiría yo un trompazo que causaros el menor pesar.

Los tañidos de la campana del puente, cuyo pontazgo se hallaba ocupado por un castellano nombrado por los monges de la abadía de san Salvador, anunciaron en aquel momento las tres: y el sonido, debilitado por el viento contrario, apenas llegaba al pórtico de Tor-Crognola. Sobre el camino que hoy, al pasar por Fontanille de la Doganella, atraviesa la dehesa de Vepre y de la Selycarla, camino que era entonces el camino real de Castro, vióse en aquel momento un jinete que se adelantaba hácia el castillo.

—Indudablemente algún comerciante ambulante, *sor padrone*, dijo Mariaccio: querria trasladarse á Montanto, pero este diablo de viento que viene por la parte de Messina lo habrá incomodado mucho, y se dirige á vos.

Mario no se engañaba. El viajero, habiéndose aproximado y detenido su caballo, se apoyó en el pomo de su silla á la aldeana; y despues de haber saludado á Memmo, le pidió abrigo durante aquella noche.

—Durante esta y cien mas! exclamó el cumplido caballero, cuya hospitalidad en nada cedia á la que se podía hallar en todos los Marmes. Sed bienvenido á Tor-Crognola.

Y algunos hombres de armas, á una señal de su señor, fueron á tener el estribo del extranjero, que bajó del caballo.

Las largas polainas, una capa de color oscuro forrada de verde, un sombrero de fieltro, y una larga caña de junco, probaban al parecer que el favorito de Memmo no se había engañado al atribuir al recién llegado la cualidad de comerciante; sin embargo su lenguaje y aspecto desmentían esta hipótesis. Figuraos un hombre de cincuenta años, muy conservado, de estatura regular, hombros cuadrados, porte noble y desembarazado, rostro ovalado, y contra la costumbre de los comerciantes, adornado de bigote y una larga perilla, nariz aguileña y mirada imponente. Memmo también, cuando al precederle le hubo mirado de cerca, supuso muy pronto que era algún noble de Castro, que había tomado aquel disfraz de aldeano; hallábase tan seguro de esta conjetura, cuanto que, viviendo en un profundo retiro, en las orillas del Fiora, y no conociendo por consiguiente de vista sino á un reducido número de los personajes notables del ducado, recordaba confusamente haber visto en alguna

parte las facciones del viajero. Respetando siempre su incógnito, hízole entrar en el interior de Tor-Crognola.

En una sala completamente decorada de pinturas al fresco, y amueblada sencillamente con un hermoso péndulo de Ginebra, una mesa grande y algunos sillones, sirvieron al extranjero una comida abundante. Memmo se sentó con él sin tomar parte en la cena. El comerciante ambulante, si os place llamarle así, venia al parecer de lejos, y por lo mismo se informaba minuciosamente del país y sus habitantes; de su modo de vivir actual; de la fuerza moral del gobierno del duque; de las iniquidades del conde de Montanto; de la pobreza y mérito de Meo de Ischia; de la hermosura y de la virtud de su hija. Memmo se complacía en satisfacer la curiosidad del extranjero, cuya conversacion ingeniosa, y que revelaba sentimientos nobles, le ofrecía un atractivo singular. De este modo había declinado el día; los criados habían encendido las luces, cuando Mario se presentó diciendo:

—¿Habeis olvidado la hora, *sor padrone*? Aquellos bribones de allá abajo de la Rocaccia podrán reir á costa nuestra: hace hora y media que debíamos haber montado á caballo.

—¡Con vuestro permiso, dijo el caballero dejando la silla y dirigiéndose á su huésped que también se levantó. ¡Margarita!

Y el ama de llaves de Memmo, anciana educada en el castillo, vestida con un traje mitad campestre y mitad aldeano, apareció inmediatamente:

—Estad á las órdenes del *signore* para todo cuanto desee.

Despidióse entonces, diciendo que estaba convidado á comer en casa del conde de Montanto, adonde se trasladaba por mera atencion.

—¡Casa de ese caballero! exclamó el comerciante acompañando al anfitrión hasta la escalera. ¡Feliz viaje! ¡Preservaos de la trasmontana, y hasta mañana que os dé las gracias!

II.

Memmo, habiendo bajado al patio, encontró en él algunos hombres de armas provistos de hachas de viento, y otros criados que tenían de la brida su caballería y la de Mario. Era la primera una yegua famosa en toda la comarca, y aunque su estampa tuviese un tanto de vituperable, la Bella Gamba había hecho decir á mas de un inteligente: «¡Qué desgracia que no sea macho!» La vivacidad, la inteligencia de que parecía estar dotado aquel animal eran verdaderamente extraordinarias. Cuando se veía en medio de una población ó próxima á un edificio cualquiera, tomaba una actitud tan elegante, que hubiese oscurecido á uno de esos corceles, manejados con tanta destreza por los persas. ¡Y principalmente las vueltas! esas vueltas á la romana, en las cuales el jinete parece próximo á romperse el cuello, mientras que permanece erguido en el arzon, y el caballo por el contrario se encabrita de tal modo que creerian, como se dice, que va á coger aletas á los balcones! El arnés era de los mas sencillos; la silla á la aldeana, con la capa forrada de verde y arrollada sobre la grupa, y la brida de la misma clase. Memmo, recibiendo los repetidos halagos de sus dependientes, montó á caballo y emprendió el camino real de la Rocaccia, precedido únicamente de Mario, quien con la mano derecha apoyada en la cadera, el arcabuz pendiente del mismo lado y el sombrero sobre la oreja izquierda, caminaba, silbando á los enormes mastines que, gruñendo y con la lengua pendiente, exploraban el camino con ardor.

—¡Ved qué hermosa tajada de melon! dijo Mariaccio mostrando la luna, que habiendo llenado su primer cuarto, reflejaba á través de las nubes sus débiles rayos en las olas del Fiora, y las hacía brillar en su curso agitado.

La direccion que Memmo y su favorito habían tomado seguía el curso del río; era esta un camino mortuoso, que dominando unas veces las inmediaciones, insinuándose otras entre las rocas cortadas á pico que circundan el río, se halla casi todo enlosado naturalmente por la toba que el viento y los siglos han descubierto en un vasto radio. De este modo marcharon, hasta que habiendo atravesado el Fiora por el vado de Montanto, emprendieron el camino que, pasando por delante la torre del Grieciano, conduce al presente á una ciudad, y entonces al castillo de Adelchi. Habiendo llegado á la morada de Meo vieron cerradas todas sus puertas, y no distinguieron luz en parte alguna; en vano empujó Mariaccio la puerta, y llamó á su tia innumerables veces. Todo permaneció silencioso, y los viajeros dedujeron que el señor Meo estaría de caza.

Despues de haber recorrido una porción de matorrales, llegaron al pié del monte de la Rocaccia; y este castillo, iluminado todo su interior, les ofreció un aspecto enteramente opuesto al de la torre de Grieciano. Los pálidos rayos de la luna apenas reflejaban en las antiguas murallas; los gritos de los habitantes del lugar que evidentemente celebraban una orgía, llegaban al oído de los dos viajeros, mezclados con los abullidos de un número considerable de perros despertados por los pasos de los caballos, que despues de mucho tiempo llegaba á su ejercitado oído. Mariaccio por su parte, habien-

do empuñado y apuntado su arcabuz, metió espuelas á su caballo, y se lanzó hácia adelante como un furioso, escitando á ambos mastines por medio de los gritos que usan en los Maremmes: ¡Ghiri su, pigliato veh! (¡A ellos, á ellos!) les conducía hácia dos individuos que veía á lo lejos.



Gandolf, Fioretta y la Nena.

—Llamad á vuestros perros! llamad á vuestros perros! gritó con voz trémula un anciano aldeano, que llevando con una mano sobre su hombro una jóven, presentaba con la otra su sombrero á los perros para preservarse de sus dientes.—Aquí Terrore! aquí Barigello! gritó á su vez el caballero de Castro, quien habiéndose puesto en defensa, y adelantándose igualmente, habia reconocido en el anciano á aquel caporalito ó guarda campestre, cuya hija habia arrebatado Adelchi.

—Ah! eres tú, Francisco Antonio? le dijo con un tono que denotaba suma bondad: paciencia anciano! En esta hora de la noche, en medio de los matorrales, jamás hubiera creído encontrarte.

—Qué importa? respondió la jóven con voz plañidera y todavía trémula. Lladran y se marchan, Illustrissimo; y ademas me conocen, porque cada vez que paso por Tor-Crognola les doy siempre pan.

En efecto, los mastines, despues de su primera furia, y sobre todo á la voz de su amo, se habian detenido. Memmo preguntó al anciano quién era aquella jóven.

—Esta jóven, *sor padrone*, es mi Giuletta, que hacia tanto tiempo queria yo presentaros; porque vuestra signora madre, aquella buena alma! la sacó de pila. Si supiéseis sin embargo! Ha faltado poco para que no me la perdieran: ha pasado momentos crueles, en efecto, desde que me la arrebataron.

—Todavía alguna infamia mas del *Contaccio*! exclamó Mario. Meteria las maras en el fuego.....

—Ah! es hija tuya? interrumpió el caballero, dirigiéndose al anciano caporalito. Y qué han hecho á esta pobre niña? Refiéremelo, anciano: sabes que te aprecio, y que mi madre en su última hora me recomendó á tu Giuletta.

—Sor Mario lo ha adivinado al punto, replicó Francisco Antonio; é indudablemente quién haria semejantes cosas sino el hombre que ha nombrado? Ahora voy á referiroslo: ayer tarde, cuando volvíamos de la llanura de Pian-de-Maggio y nos dirigiamos á casa, encontramos á Sbudella y á otros tres valientes del hombre de allá arriba!—Protéjanos Dios! dije á Giuletta. Nos escapamos, pero corrieron detrás de nosotros á rienda suelta, y con sus caballos nos alcanzaron inmediatamente, y entre los cuatro nos cercaron. Apenas nos atreviamos á respirar; nos encogimos de hombros, y nos parecia recibiamos ya alguna arcabuzada. Sbudella me llamó, me repelió de tal modo, que giré sobre mí mismo, y me dijo: «Si no quieres visitar el nido de hormigas (1), viejo miserable *per Crillo*, guárdate por esto, por aquello (sabéis cómo habla ese reprochado); no tienes mas que obedecerme: vete á tu cabaña y toma una botella, que tenemos sed,

(1) Horrible suplicio practicado por algunos malvados: consistia en despojar á su víctima y atarla próxima á uno de estos nidos de hormigas enormes, que forman un montoncillo. Estos insectos voraces la consumian viva.

y déjanos á tu Giuletta;» iba á hablarle de su strísima. Figuraos, *sor padrone*, que el corazon me palpitaba, mi sangre se congelaba en mis venas, porque habia comprendido inmediatamente lo que trataba de hacer. Me alenté y contesté: «Esta jóven es mi hija, y nadie tiene nada que mandarla; el conde me ha muerto la madre, y quereis todavía arruinarme á esta: veis, *sor capo-guardia*, al cabo del cuento, Dios sabe castigar algunas veces. Idos á vuestros negocios, que estamos fatigados de haber trabajado todo el dia; necesitamos comer y acostarnos. Los bravos prurupieron en risas con objeto de causar temor, y Sbudella dijo: «Tú, zafio, come, bebe, ó haz lo que quieras; pero nosotros queremos hacer por divertirnos esta noche, y si gruñes te atravieso.» presentóme entonces su escopeta al rostro, y se puso en disposicion de disparar. La sangre de un hombre no es de agua: en mi tiempo hubiera hecho ver á aquellos miserables perros con quién se las habian. Cogí á mi hija bajo mi brazo, que no pesaba mas que un lio, é intenté partir. La vida me era indiferente. Uno de los bandidos se dirigió hácia mí, y me derribó como un monton de trapos viejos con el pecho de su caballo. Cuando volví en mí, era de noche y á nadie ví. Giuletta, colocada á la grupa con Sbudella y atada con cuerdas, habia sido llevada á casa del *contaccio*, quien la habia entregado á la custodia de Solfanello, y la habia tenido encerrada toda la noche en un subterráneo, porque no queria satisfacer los deseos del bravo de Castro. Esta mañana misma, la *Madona* ha ablandado al parecer sus corazonces, han colocado á mi hija en un hermens aposento con sus amigas, y no la han atormentado mas; hasta la han tratado como una princesa. He ido dos veces para ver si querian volvermela: la primera vez Sbudella (el despanzurrador) me hubiera despanzurrado en efecto, á no haber sido por la oposicion de su capañero: la segunda, he permanecido allí hasta ahora; me han conducido al palacio donde habia dispuesta una comida, y me han hecho beber tanto, que comenzaba á creer que encerraba aquello alguna traicion; por último, me han devuelto á mi hija, y me han dicho la trasladase afuera. Figuraos mi alegría y la de la pobre Giuletta. Nos colocamos bajo vuestra proteccion, *sor padrone*; si no nos defendeis seremos harto desgraciados: la pobre Mari-Meca murió del golpe que la dió Zambini: nos hallamos tan pobres, tan abandonados! Y el bravo de Castro ha jurado que de grado ó por fuerza poseerá á mi hija.



Meo carga su largo arcabuz.

—¡Poseerá al diablo que se lo llevará! vociferó Mario enfurecido. Si el amo lo permite, le rompo la cabeza lo mismo que á ese otro verdugo de Sbudella, porque odio á ambos.

Memmo tranquilizando á aquellas pobres gentes por medio de algunas palabras afectuosas, les dijo se retiraran á Tor-Crognola,

donde hallarian una completa seguridad: prosiguió entonces su camino estupefacto de la maldad inaudita de Adelchi, pero admirándose sobre todo del cómo habían puesto en libertad á Giuletta. ¿Qué inspiracion habia impellido al tirano á hacer bien una vez en su vida? Esto nos ha revelado ya el fin de la primera parte.



Meo de Ischia se arroja sobre Adelchi.

A medida que el caballero y Mario se aproximaban á la Rocaccia, los ladridos de los perros eran mas atronadores, y se oian mas distintamente las imprecaciones y las carcajadas desordenadas de los bandidos. Teniendo castillejo y sus construcciones mas considerables situadas en la cima del monte, el inmenso castillo prolongaba su masa á derecha ó izquierda, y una de sus alas formada de dependencias menos importantes, se extendia casi hasta el bosque inmediato, llamado la Lupareccia. Al verle rodeado de una vegetacion silvestre y singular en aquella hora de la noche, al reflejo de aquella luna que revestia todos los objetos de un claro oscuro particular; al escuchar el diabólico estruendo que resonaba por todas partes, y al ver en las ventanas del edificio el reflejo de las luces y los colores brillantes de las tapicerias que manifestaban su esplendor, hubiérase podido imaginar realmente que se veía erigirse ante sí algun castillo ennobilitado.

Los viajeros llegaron por fin á una esplanada pequeña á la cual daba una vasta portada cuyas hojas estaban cubiertas de hierro. La mano vigorosa de Mario empuñó el aldabon fijo en una de las hojas, y le hizo sonar muchas veces estrepitosamente. La armonía salvaje de aquellos golpes sucesivos que repetian los ecos de la Rocaccia, varió súbitamente de carácter: los ahullidos de los perros estallaron á la vez con nuevo furor, y se mezclaron con el ruido de las cadenas que les retenian y que agitaban violentamente para lanzarse hácia la puerta de donde procedia una agresion insólita: pero las voces que se elevaban entre los bravos perdiendo su expresion de alegre, de jocosa orgía, se tornaron mas bajas, concentradas, siniestras y amenazadoras, y se reconocia en ellas al par in-

dicios de temor. Por innumerables y fuertes que sean los hombres cuyo valor no está basado en la virtud, no cesa de sufrir el poder de ese sentimiento vergonzoso que nace de una conciencia turbada. Trascurrieron pocos momentos antes que se oyese en el interior un ruido de cadenas y cerrojos, seguido del rumor de las llaves, armas y pasos de una porcion de hombres que se precipitaban hácia la entrada de la Rocaccia. Cinco ó seis troneras que miraban á la entrada y esplanada exterior, se iluminaron de repente, y una voz ahuecada, bronca y vinosa se oyó por una de las troneras donde se mostraba al mismo tiempo la boca de un arma de fuego.

—¿Quién viene aquí á interrumpir nuestras devociones? ¡Por los huesos de todos los muertos que yacen sin tumba! ¡per Crillo, habeis llamado á esa puerta! ¡Ignorais que las paredes de esta casa despiden fuego?

—¿Estás desesperado? respondió Mario, quien desde el momento en que las luces habian aparecido en las troneras, apuntaba su arcabuz hácia el punto de donde veía salir el cañon de un arma semejante. ¿Estás desesperado, perro sarnoso? ¡Se convida á los cristianos y luego se les deja se consuman esperando! Abre si quieres; pero si no abres, te digo que moriras de pesar: entre tanto usa otro lenguaje, ó tapo tu gatera con un bala y nueve postas ¡mal esbirro!

A esta contestacion altiva del compañero de Memmo, pareció que se habia reconocido su voz ó que los valientes habian recordado la invitacion de su gefe: en efecto, todas las luces y el arma temible desaparecieron de las troneras: una de las hojas de la puerta rodó sobre sus goznes y apareció Sbudella con el sombrero en la mano prodigando reverencias.

—¡Dispensad, amigo Mario! pero el vino nos ha aturrido de tal modo esta noche, que no esperábamos ya vuestra visita.

Esta manifestacion del bandido solo era una precaucion oratoria con objeto de hacer desaparecer desde el principio toda disposicion funesta que Mariaccio hubiera podido abrigar contra él. Inclínandose entonces se dirigió hácia el caballero y continuó así:

—Sed bien venido, *sor padrone illustrissimo*. ¿Cómo lo pasa su señoría? Si teneis que darme alguna orden, hablad y sereis obedecido inmediatamente. ¿Habeis tardado, no es verdad? El gefe os espera

allá arriba con algunos buenos compadres: voy á teneros el estribo, y despues.... me concedereis el *grossetto* de costumbre.

Profiriendo estas palabras corria al lado de la yegua de Memmo, la cual trotaba á través del vasto patio hácia la entrada de la habitacion. El bandido no sacó fruto alguno de su presteza, porque Mariaccio habiendo precedido á su amo y bajado ya del caballo, aló la brida á las barras de una reja á flor de tierra, y rechazando bruscamente á Sbudella con su rodilla tuvo el estribo del caballero, aunque el otro habia dirigido su mano con el mismo objeto. El satélite de Adelchi hizo cierto gesto, pero no se atrevió á elevar la voz.

Sin embargo, los dos mastines de Tor-Crognola habian empeñado ya la lucha con la jauria de la Rocaccia. Caian juntos sobre cada uno de los perros en-

cadenados separadamente y les despedazaban con sus dientes. A cada mordedura que el vencido trataba de devolver, le salia sangre de las quijadas que se introducian en los clavos del collar de los mastines. Y creo que estos hubieran hecho una carniceria general, si Sbudella y los demas criados del conde no se hubieran interpuesto sin maltratar, sin embargo, en manera alguna los perros de Memmo, que Mariaccio sostenia con una mirada protectora y amenazadora á la vez, propia para imponer á los bandidos.

—¡Cahí, cahí, cahí! exclamaba Mariaccio imitando á los pobres animales, cuyas heridas les arrancaban gritos dolorosos. ¡Aquí Terrore, Borigello aquí! ¡A ellos! añadia reteniendo y escitando á la vez á los dos mastines, segun la santa costumbre de sus vaqueros.



¡Alto! exclamó el veterano.

¡Cuida á esos perros sarnosos que tratan á los cristianos como puercos!

En virtud de una intervencion menos equívoca de parte del caballero, se concluyó la paz; los valientes, fingiendo alabar y acariciar los perros de los dos huéspedes, hicieron entrar á estos en el edificio que habitaba el conde. Al pie de la escalera, algunos pages vestidos con rica librea invitaron á Memmo á subir, y lo acompañaron hasta el piso superior. Preseindamos de ellos, y ocupémosnos por un momento de nuestro Mariaccio que entró con los satélites del conde en el aposento donde estos se hallaban antes de orgía con un número considerable de sus compañeros. Llegaron á él por una puerta abierta al lado de la entrada principal: era este una vasta sala construida bajo una bóveda sólida, sostenida por ocho pilastros toscamente labradas; una grande ventana baja, cuadrada, guarnecida de una reja doble era la única abertura por donde los rayos de luz podían penetrar en aquel aposento. En aquella hora estaba completamente iluminada por cuatro lámparas, suspendidas de la bóveda, sobre una ancha mesa redonda cubierta de manjares, vasos y botellas, todo sin ninguna especie de orden. Los bandidos que se hallaban sentados en tan gran número, llevaban, sin escepcion, un traje idéntico al de Sbudella y de Solfanello que hemos descrito. Algunos permanecían con la cabeza cubierta y las rodillas bajo el mantel; otros chocaban sus vasos entre sí, con mano incierta, y por decirlo así, con repugnancia; otros, todavía despues de deliberaciones intrincadas, bañando los brazos y mangas en la salsa de algun guisado, la cabeza inclinada, y su sombrero derribado entre los platos, roncaban en honor de Morfeo, despues de haber sacrificado á Baco. Muchos conservaban todavía su arnés en la espalda, mientras que las armas de los demas pendían acá y acullá de las paredes del aposento, ó colocadas por acaso sobre la mesa; algunas, por último, habían caído sobre el pavimento, donde el descuido de sus poseedores las había dejado. En este rincon veíase un trabuco y una pistola; en el otro un arcabuz y una cartuchera, suspendida de un clavo; allí por fin, un cuchillo clavado en la mesa á través del mantel.

El regreso de Sbudella y de sus compañeros con nuevos comensales electrizó un tanto á la dormida reunion. Algunos de los convidados se levantaron al oír el nombre de Mariaccio, instándole para que les acompañara; otros le lanzaron una mirada que revelaba odio y temor. Habiendo evacuado un sitio de la mesa, ofreció Sbudella un taburete al extraño. Mariaccio, despues de haber fijado muy á plomo su silla, se sentó con su arcabuz entre las piernas, porque había rehusado las ofertas del anfitrión que quería desembarazarle de sus armas; tomó entonces un pan que dividió entre ambos mastines; cogió un frasco, con el cual llenó un vaso hasta los bordes, y lo vació desde la primera gota hasta la última, aun sin haberlo tocado con los dientes.

Este ejemplo pareció haber secado de nuevo las gargantas de los bandidos, por lo que el vino comenzó de nuevo á circular, y vaciaron los vasos á porfia. Los que se hallaban menos ébrios, movieron á aquellos que se habían adormecido, colmándoles de imprecaciones y de epítetos obscenos, y estos contestaban gruñendo, frotándose los ojos y cayendo de nuevo sobre la mesa; algunos se servían vino, y volvían á dormirse antes de haber bebido, ó también, creyendo llenar su vaso, inundaban el mantel y á los que se hallaban mas próximos. Poco á poco sin embargo se comunicó aquel nuevo ardor á casi todos. Mario comía y bebía por cuatro, pero sin propasarse, y cuidando de los dos mastines que se habían colocado á su lado. La audacia de los bandidos se aumentaba á medida que el vino les daba fuerzas ficticias, y la conversacion se elevó de nuevo á aquel tono de orgía que se había oído de la parte de afuera.

—Va... va... va... lor, com... com... compadre Mario, balbuceó Solfanello; en este mun... mun... mundo, es pre... pre... preciso disfrutar. Cu... cu... cuando muramos se... será otra cosa por nu... nu... nuestro modo de vi... vi... vivir.

—¡Valiente Cioffane! dijo Sbudella: riamos, señor Mario, puesto hay tiempo todavía. Todos los que nos hallamos aquí, somos amigos verdaderos. Ved aquí uno nuevo, añadió mostrando un tuno muy bien formado que estaba sentado al lado del favorito de Memmo: llegó dos dias ha del Campo-Morto de Roma, porque había bajado el barigello de Neptuno; ¡es un valiente homicida! ¡Si le viéseis trabajar con su arcabuz, *per Crillo!* Clava una bala en un *quatrino*; su nombre es Magna Pezzo; en cuanto á su físico, vos mismo, señor Mario, si quereis volveros....

El hombre de Canino, habiendo fijado por último su mirada en el rostro del que estaba inmediato á él, y visto una máscara que causaría temor á la *Santa Madonna*, le midió de pies á cabeza con altivez y desprecio, como hombre que, en su interior, sentía perfectamente toda su superioridad sobre semejantes malvados, aunque durante cierto tiempo se había visto obligado á pasar una vida que tenía alguna analogía con la suya. Es de creer que esta mirada no fue grata á Magna-Pezzo, porque habiéndole pinchado uno de los perros con los clavos de su collar, exclamó blasfemando y con un marcado designio de provocacion:

—¡Malditos sean los perros y quien nos los conduce aquí para que nos rompamos la cabeza!

—Mariaccio inflamado de cólera asió al mastin colocado en aquel lado, y lo repelió contra el bandido, de modo que le labrasen profundamente las rodillas, y le gritó al mismo tiempo:

—¡Hola, insolente! te llamas Magna-Pezzo, ¿no es verdad? Cuida de qué no te coma el corazon, si no sabes conducirte mejor en sociedad!

El asunto se agriaba mas y mas, y Sbudella se esforzaba á poner paz: pero todos sus esfuerzos eran vanos, porque la cólera del sobrino de Nena se había inflamado mas y mas, al oír á los demas bandidos, que hablaban entre sí, jactarse del rapto de Giuletta. Levantóse mirando á todo el mundo de soslayo, y exclamó, empuñando con la mano derecha su cuchillo y con la izquierda una de sus pistolas.

—¡Ah perros fariseos! es preciso que esto concluya *per Cristo!* Me avergüenzo como un ladrón de hallarme entre vosotros. Y tú, Sbudella, que eres el cabo de fila de toda esta canalla, es inútil obreis asi: oyes: cuida de que esto no redunde en perjuicio tuyo y de algun otro todavía, si el señor Meo sufre algun pesar respecto de su hija. ¡Y este otro imbécil! añadió aplicando con el índice de su mano derecha á la barba de Magna-Pozzo, este otro imbécil á quien voy á abofetear porque tiene aspecto de comerciante de grasa humana (1); si me mira de soslayo, le cruzo la cara delante de todos vosotros. Y ¡cuidado con ello! el primero que levante el dedo, le hundo una costilla, tan cierto como hay Dios!

Nuestro fanfarron cometía una grave imprudencia desafiando á adversarios tan innumerables: felizmente para él, combatian dos razones en favor suyo en la imaginacion de Sbudella, quien, como favorito del conde, gozaba de una influencia absoluta sobre toda aquella canalla; y estas razones le indujeron á desviar los ánimos de la lucha que iba á empezar infaliblemente. Sabía que su señor ansiaba conservar la amistad del *signore* de Tor-Crognola, por ciertas razones secretas; y ademas la mirada y actitud de Mariaccio le revelaban claramente que el primer golpe se dirigiría á él. Por esto, abriendo de repente una boca que llegaba á las orejas para que se oyese una risa atronadora y forzada, y conteniendo por medio de un ademán á sus compañeros que se habían levantado é iban á tomar sus armas, exclamó:

—¡Pues bien! ¿qué es esto? ¿estamos aquí para divertirnos ó para degollarnos como carneros? qué vivo de génio es el señor Mario! ¡ah! ah! ah! ¡se enciende como el rastrojo en el mes de agosto! Separemos todos estos instrumentos inventados contra la pobre vida humana; tomemos, tomemos otra botella y bebamos aun una copa. Vamos, compadre Mariaccio; ¡pues qué! ¿quereis romper tan pronto la amistad? vamos, bebed; y despues entonaré una cancion nueva.

—Vi... vi... vino... vino! añadió Solfanello tartamudeando con mas rapidéz que de costumbre, las ba... ba... balas da... da... dañan la pi... pi... piel!

Mario tenía por un lado á Sbudella armado de una botella, y por el otro á Magna-Pezzo que con su vaso en la mano vigilaba por el mismo desde que una mirada le había indicado cómo y por qué el aspecto de la orgía variara de repente. El uno llenando el vaso y el otro presentándolo consiguieron que el hombre de Canino se tranquilizase poco á poco y tomara asiento de nuevo, no sin convencerse de que todos los demas volvían al suyo respectivo. Conoció entonces que había proferido palabras poco premeditadas; pensó en su señor, y con aquella amabilidad que su carácter franco le permitió adoptar en aquel momento, invitó á Sbudella á que entonase la cancion prometida.

Parecia que aquel *diletante* singular consentía raras veces en manifestar sus talentos filarmónicos, porque la exigencia de Mario provocó en la reunion animaciones ó solicitudes irrisorias.

—Sí, que cante! que cante! y tapémonos los oídos! silencio! silencio! dejad cantar al anciano! dejad cantar al comandante!

Sbudella, obedeciendo á estos mandatos atronadores, en el momento que cesó aquel estruendo, se puso á llevar el compás con su mano derecha, armada de un vaso medio lleno de vino, y entonó con voz acasarrada y gutural una cancioncilla cuya estrofa repetían sus compañeros á coro.

Mientras que los valientes se agitaban de esta suerte, en la postería una escena casi análoga tenía lugar en uno de los aposentos del primer piso. Memmo, despues de haber subido una ancha escalera, había sido introducido por los pages en una antecámara, donde otros criados y algunos espólistas estaban de guarda al parecer. Un

(1) No ha muchos años que en ciertas provincias de los Estados Pontificios, de la Toscana y del reino de Nápoles la supersticion mas cruel había persuadido á los monstruos de ignorancia y ferocidad que la grasa humana poseía virtudes milagrosas, ora fuese para hallar tesoros, ora para hacerse invisible, ó cualquier otra patraña: por esta razon, cuando querian procurarse este ingrediente magico, hacían achicharrar al fuego á los miserables que caían en sus manos, ó les extraían por medio del hierro las partes grasas del cuerpo, y particularmente la palma de la mano y la planta de los pies.

pabellon de paño encarnado, en el que estaba bordado el blason del señor de la Rocaccia, decoraba la pared opuesta á la entrada. Abriase otra puerta en un espacioso y magnífico comedor, donde Adelchi presidia el festin. El cielo raso estaba muy elevado, pintado y dorado con un lujo asiático; las cuatro paredes colgadas de damasco azul, guarnecido de molduras doradas; cuatro grandes ventanas góticas de cristales de diversos colores, practicadas en la pared y alineadas, tenían cortinas dobles de damasco azul y de seda encarnada, sostenidas por enormes flechas de metal dorado, y terminadas en elegantes festones con bellotas de oro; el pavimento era de mármol blanco y negro; por último, una chimenea inmensa, adornada de bajos relieves, ocupaba la mayor parte de uno de los lados del comedor. La mesa suntuosa colocada en el centro, cubierta con profusion de manjares y vinos, servidos en vasos de trasparente cristal brillante, y una vajilla de plata cincelada, reflejaba los mil rayos de las arañas suspendidas en el techo, de los quinqués fijos en la pared, y de los candelabros de bronce, colocados en la mesa misma: algunos pagés y otros criados con librea, servían al conde, á Gandolfi y á otros dos convidados. Los dos primeros vestían el uniforme que el lector conoce ya: los segundos, tambien militares, eran los señores Cochi y Zambini, ambos capitanes al servicio del duque de Castro, el primero en las banderas negras, y el otro en la infantería. Cochi era hombre alto y delgado, de tez muy morena, de una enorme nariz, de rizosa cabellera como la de un negro, que parecia una peluca; pero en cambio no tenia pelo en la barba. Zambini era pequeño y muy esbelto, de fisonomía audaz y maligna.

Cada uno de ellos habia vestido el uniforme del cuerpo militar al cual pertenecía; es decir, Cochi un traje completamente negro con una valona de encage al cuello, puños de lo mismo, y un cinturón de cuero negro como la levita, que sostenía una larga espada de Toledo: Zambini una almilla azul con bordados de plata en el pecho, polainas muy cortas cortadas á la española, que llegaban dos pulgadas mas bajo de la rodilla, una cimitarra corta y ancha suspendida de su derecha.

El estruendo que el caballero y Mariaccio habian oido al aproximarse al castillo, debia atribuirse no solo á los bandidos, sino tambien y en su mayor parte á los nobles señores. Y en aquel mismo instante el ruido continuaba todavia. La comida casi terminaba al parecer, porque los convidados se ocupaban mucho mas de los vinos que de los manjares, de los que estaban ya satisfechos.

Al entrar Memmo, todos tomaron un aire grave; y el conde, habiendo ido á recibirle junto á la puerta con demostraciones muy marcadas de deferencia, se disculpó de haber hecho empezarse el festin sin él.

—Lo avanzado de la hora, *signor cavaliere*, nos ha inducido á creer que no disfrutariamos esta noche de vuestra compañía.

El señor de Tor-Crognola contestó á estos cumplimientos de un modo oportuno, y tomó asiento al lado del conde. Despues de un corto intervalo, el júbilo de los cuatro oficiales apareció de nuevo, y la conversacion volvió á ser atronadora: los gritos pacenteros, interrumpidos por la llegada de Memmo, no eran sino una burla dirigida contra Gandolfi, quien habiendo querido adjudicarse á Gioletta, habia sido inopinadamente frustrado en ello por la orden de Adelchi.

—*Sequentia sancti Evangelii*, dijo Zambini santiguándose. Viva el conde, que ha sabido entrapar á un jugador muy diestro!

—Será la primera y última vez: no me cogerá en ello mas, replicó el bravo de Castro un tanto amostazado. Bah! las cosas de segunda mano no son apreciables.

—Si tall si tall! Leon daba todo lo que no podia tomar, exclamó uno de los convidados riendo.

—Verdaderamente! dijo Memmo con aspecto grave é imperturbable: es cosa muy rara que el señor conde haya retrocedido en semejante materia.

—Voy á esplicároslo, replicó Gandolfi, á pesar de los ademanes de desaprobacion que le hacia Adelchi, sin ser notado por el caballero. Hallábamonos ayer al declinar el dia en Montanto; allí Dios nos envió una lluvia, un aguacero, que no podiamos disparar un tiro. Como estábamos á la mitad del camino de Gricciano, encontramos al padre Meo, bañado como un ánade: dijo y procuró que consintiésemos en retroceder, y hemos pasado la noche en la Torraccia. Esta mañana el buen hombre se marchó á cazar antes de amanecer. Cuando el gato no está en casa bailan las ratas por la mesa; pero el señor Adelchi que veis aquí, queria bailar un rigodon con la hermosa Rosa; y la señorita estaba al parecer de humor, porque despues que hubieron permanecido un momento en el confesonario, mientras que estaba yo allí con la luz y la capa, el conde se lanzó fuera de la casa como un toro furioso, montó á caballo, y emprendió su carrera enmudecido. Es como ciertos sacerdotes que no pudiendo bailar en Carnaval, no dejan verificarlo á los demas.

Era difícil á Memmo contenerse al oír hablar con tan poco decoro de aquella Rosa, hácia la cual profesaba una especie de culto, y que acaso amara secretamente. Con sumo esfuerzo oyó hasta el fin de la narracion del bravo; pero cuando este hubo concluido de hablar,

no pudo prescindir de vituperar vivamente la ligereza que ostentaba.

—Ligereza? dijo Gandolfi: se trata de cosas que son sabidas y vistas de todo el mundo: y ademas, preguntádselo al señor conde. Y por último, será preciso divulgar el secreto; es una aventura, que prueba que el conde sabe agradar á las muchachas hermosas, y ciertamente no se encontrará otra mas linda en todo el ducado.

El rostro de Memmo estaba completamente demudado: asombrado y amenazador, paseaba su mirada en derredor suyo, deteniéndola en uno ú otro de los convidados, quienes reian del efecto singular que habia producido en él aquella especie de desengaño. El conde, fuese por amor propio, fuese por manifestar que tenia en poco la buena opinion ó la censura del jóven caballero, le preguntó en tono burlesco:

—¿Y qué hallareis por fin de singular en que Rosa me hubiera amado hasta ese punto? Paréceme que soy tan apreciable como cualquiera otro.

—Ciertamente que sí, sois tan apreciable como cualquiera otro, exclamó Memmo con voz que denotaba sarcasmo, habiendo sofocado la ira en él toda prudencia. Son apreciables todos los que habitan vuestro castillo, y conozco hartó mi poco mérito para que permanezca por mas tiempo con semejante compañía. Oid dos palabras todavia, conde de Montanto, y acaso sean las últimas que oigais de mí: hasta aquí he tolerado todos vuestros actos tiránicos para evitar las disensiones en mi país; pero soy un hijo de los Maremmes y nada mas sufriré. Meo de Ischia y su hija son objetos de veneracion para cualquiera que comprende el precio del valor y la inocencia, estas dos virtudes que quizá profanásteis realmente. En todo el ducado existen familias mas ricas; pero no existen mas honradas que la suya: si habeis meditado ó labrado su ruina, el Maremme se levantará en masa, y Memmo de Tor-Crognola el primero para pedir cuenta de ello. No violaré la hospitalidad desafiándoos en este lugar; pero esceptuando este dia, consideradme por el enemigo mas implacable de vuestra persona y de todos los que se os asemejan.

El enfurecido caballero, habiendo hablado así, salió impetuosamente del comedor, y con paso presuroso, por no decir con un movimiento de horror, se dirigió hácia la escalera. Cochi y Zambini cambiaron algunas miradas medio graves y medio burlescas; Adelchi se desfernillaba de risa; y el bravo de Castro habia seguido al intrépido orador y le decia:

—¡El señor tiene celos, eh! nosotros le probaremos que no pensamos así. Y trataba de retenerle del colete. Pero el caballero habiendo llegado al dintel de la puerta, le dirigió una mirada cuya significacion no podemos describir mejor que añadiendo, que Gandolfi volvió súbitamente desconcertado á su sitio, y que la risa de los convidados cesó.

III.

El señor de Tor-Crognola al llegar al vestíbulo, dió un silbido agudo al cual contestó desde la repostería otro semejante que hirió los oidos de todos los bandidos: aquella réplica era la de Mario, quien no tardó en aparecer. Sbudella y otros dos ó tres que le seguian vacilantes, fueron á franquear la salida á ambos estraños, estendiendo la mano con objeto de obtener su propina. Habiendo satisfecho la codicia de aquellos miserables, Memmo y su fiel hombre de armas montaron á caballo y se dirigieron hácia su tranquila morada. Habiendo ido por el vado de Montanto, no sé por qué inspiracion desconocida, emprendieron el camino opuesto que, dejando la aldea á la derecha, conduce al vado de Grotte-Basse. En el momento en que habiendo abandonado los matorrales, comenzaron á atravesar algunos claros contiguos á Campo Scala, cubrian la luna una série no interrumpida de nubes negras y densas, que en vez de huir á causa del viento cual durante el dia, avanzaban sin embargo con lentitud, como si el astro las examinase detenidamente. Nuestros viajeros nocturnos, próximos á llegar al Fiora por el áspero sendero que conduce al vado, acelerando el paso de sus caballos marcharon con mayor precaucion. A la otra parte del rio, en la orilla escarpada que se levanta á la izquierda del vado para quien camina de la llanura, veíase entre las moles de piedra y las malezas una figura humana, blanca, agitarse á los bordes de una roca cortada á pico sobre las enfurecidas olas. El Fiora, á consecuencia de las últimas lluvias, tenia lo que los naturales del país llaman *torbolina*: sus aguas se agitaban: su cauce, oscurecido por las rocas de la ribera y por las nubes negras, agitaba al parecer olas de betun. Mario que caminaba en pos de su señor, fue sin embargo el primero que advirtió el fantasma blanco que se agitaba en la otra orilla. No sin dar algunas muestras de esa supersticion bastante comun al presente en los Maremmes y con mucha mas razon muy esparcida en aquella época, indicó la aparicion al caballero; y este mismo quedó sorprendido en presencia de un espectáculo que la oscuridad y el aislamiento del lugar contribuian á hacer estraor-

dinario. Mario, á pesar del estruendo de las olas, con una voz estentórea intimó en nombre de Dios y de los hombres á la pálida figura digese lo que era. Aunque las tinieblas apenas permitían se la distinguiese confusamente, se inclinó al parecer un tanto hácia el lado de donde procedía la voz. Pero muy pronto el hombre de Canino, habiendo hecho la señal de la cruz, apuntó su arcabuz y gritó con su voz terrible:

—Bajad, *sor padrone*, yo os detendré. Entonces el espectro se adelantó de tal modo en la roca, estendiendo todo el cuerpo y los brazos hácia el lado que se hallaban los viajeros, que vacilando visiblemente, pareció estaba á punto de precipitarse en el río.

—Ah! ¿lo quieres así? dijo el hombre de Canino; voy á complacerte.

Y estaba á punto de disparar su arma, cuando Memmo, desviando el cañon, le obligó á abandonar su designio. La sombra, que despues de haber vacilado habia permanecido inmóvil en su actitud peligrosa, se conmovió de nuevo, levantó las manos al cielo, y se arrojó al Fiora.

Un grito débil se oyó en medio de su caída; y aquel grito al herir el oído del caballero, intundió la confusion y el terror en su alma. Aquel sonido fugitivo se perdió en las olas; el ser humano que lo habia exhalado, sobrenadó algunos momentos: despues volviendo sobre sí mismo como una paja, fue arrastrado por las enfurecidas olas.

—¡A mí, Bella-Gamba! exclamó Memmo incitando con la voz, espuela y freno su yegua fogosa, que dió un bote, y de un solo salto condujo á su amo al medio del río. Mario, considerando la impetuosidad de la corriente y la inferioridad de su propio caballo, vaciló un momento en seguir á su señor; pero sus temores, por lo demas muy fundados, desaparecieron muy pronto por el afecto y reconocimiento que le profesaba, y no tardó en saltar á su vez: durante algunos momentos, fue de ondulacion en ondulacion, luchando inútilmente con su caballo, que el instinto natural de la conservacion llamaba hácia la playa: por último, por una abnegacion de sí mismo, verdaderamente digna de elogio, impelió á su caballo en medio de una especie de mar, en que las olas chocando unas contra otras con incesante furia trastornaron al hombre y al caballo. Mariaccio, cosa poco comun en el país de Castro, era muy buen nadador; y por esta causa, despues de haber tragado con toda la repugnancia que un habitante de los Maremmes puede emplear en semejante tarea, una porcion de botellas de agua, consiguió llegar á la otra orilla, mientras que su caballo, incapaz de saltar desde abajo al borde del precipicio, y vencido por la inmensa mole de olas que se precipitaban en el abismo, debia infaliblemente desaparecer y morir ahogado en él!

—¡Desgraciado el que empiece de nuevo; esto podria suceder á otro que á mi caballo, per Crillo! decía Mariaccio, saltando sobre el borde, empapado en agua, sin sombrero, y asiéndose de los espinos y malezas de la orilla escarpada.

Sin embargo, tan pronto como sintió bajo sus pies un terreno sólido, habiendo recuperado toda su presencia de ánimo, corrió á lo largo de la orilla para descubrir lo que habia acontecido al caballero. No anduvo mucho sin que le viera, persiguiendo á la blanca criatura, que de vez en cuando aparecía á flor de agua. Sin embargo, las olas mas y mas enfurecidas azotaban al caballero con su fuerza propia, y con la impulsión que comunicaban á los troncos de los árboles, á los árboles que habia arrancado de sus riberas, y que arrastraban rápidamente. Pero la vigorosa Bella-Gamba resistía á todo, aunque poco á poco llegaban las olas hasta sus orejas, con la cabeza elevada hácia el cielo y jadeando, condujo por fin á su amo junto al objeto de sus esfuerzos desesperados. Muchas veces Memmo estendió el brazo para asirle, y todas el Fiora embriagado recuperó su presa. En cada nueva tentativa, ginete y caballo se sumergian mas y mas; pero entonces tuvo lugar un esfuerzo indecible: Bella-Gamba separaba el agua con sus cuatro estremidades, con la rapidez de una rueda de molino, y el ginete abandonando el arzon para asirse de las crines del caballo, tendió la mano derecha, y consiguió por último apoderarse de la víctima casi espirante en el momento mismo, en que exánime como su caballo, iba á verse precisado á renunciar á su generosa empresa. Memmo, con una mano vigorosa todavía, colocó á la persona salvada sobre el cuello del animal victorioso, y este escitado de nuevo por la voz de su amo, se aproximó velozmente á la orilla menos elevada del Piano, donde el caballero dejó sobre el césped una jóven muerta ó viva.

Habiendo llegado allí Mariaccio, permanecía estasiado ante aquel cuadro; pero su éstasis se acrecentó todavía mas cuando Memmo habiendo aplicado la mano al corazón de la que habia salvado para buscar sus latidos, y habiendo visto el rostro de mas cerca, exclamó aligido:

—¡Pobre jóven! no me habia engañado: ¡es la Rosa de Castro!

El hombre de Canino, aturdido por el agua que la trasmontaña congelaba en su espalda, titubando se confundía en exclamaciones y gritos hasta desganitarse. Su amo, sin pronunciar una palabra, le hizo una señal para que le ayudase, y despues de haber atado las

bridas de su yegua al pomo de la silla, levantó juntamente con su favorito el cuerpo de la jóven, en la que no habia sintoma alguno de vida: ambos la cogieron así en sus brazos y se dirigieron hácia Tor-Crognola. Bella-Gamba, habiendo oído á su amo que la llamaba, le siguió por sí misma, olfateando cual si estuviera dotada de inteligencia. En vano Mario en cada estacion que hacia para dejar su fardo y adquirir nuevas fuerzas, prorumpia de nuevo en sus exclamaciones atronadoras; el caballero parecia sumido en profundas meditaciones. Aquel estado duró hasta el momento en que llegaron al castillo; entonces el caballero dió por dos veces el silbido acostumbrado, é inmediatamente vieron las luces que atravesaban los aposentos interiores, y los hombres de armas que aparecían en el dintel.

Es inútil describir la sorpresa de estos últimos á la vista de Rosa y del estado en que volvian el señor y su favorito. Dejemos á aquellos valientes de los Maremmes espresar alternativamente sus sentimientos en aquel lenguaje natural que les caracteriza, y sigamos á Memmo que, habiendo trasportado á la jóven al piso superior, con solo la ayuda de Mario, la confió á los cuidados de su anciana ama de llaves. Esta no tardó en reunirse con su amo y manifestarle que Rosa vivía, y que si dudaba de ello el caballero, llevaba en su pecho una prueba de la debilidad que le habia impelió á querer morir. Desde aquel momento, el generoso caballero no pensó sino en la reparacion posible de infortunio tan cruel. Trasladóse á donde se hallaba la hija de Meo, y la halló que salía de un profundo letargo y abría sus ojos arrasados de lágrimas que revelaban terror. En un principio se incorporó en su lecho, reconoció con la vista todo el aposento con una mirada que denotaba asombro y casi estupidez, cual si su inteligencia se hubiese estinguido por la catástrofe espantosa: pero volviendo en sí misma de repente preguntó con tono afectuoso:

—¿Dónde me hallo? ¡Dios mio! ¿quién pues me ha salvado? ¿quién ha tenido valor para impedirme muriese? ¿quién me ha sacado de aquel mar inmenso, de aquellas tinieblas, de aquel estruendo?... ¿Y Adelchi?... ¿y mi padre? ¡Oh desgraciada! ¡oh deshonrada! ¡quiero morir, lo quiero!

A estas palabras sucedieron los sollozos desesperados. Memmo, que se contenía con dificultad para no imitarlos, sintió que algunos lágrimas surcaban sus mejillas. Por último Rosa se tranquilizó un tanto al parecer, y su rostro adquirió una especie de tranquilidad, fuese apatía, fuese resignacion. ¡Oh! cuánta hermosura y pureza revelaban todavía sus facciones, pálidas por emociones tan violentas! Por fin fijó su espresiva mirada en el jóven caballero como para interrogarle acerca de su situacion. Este la comprendió, y con voz conmovida se apresuró á evitar sus preguntas:

—Os hallais en Tor-Crognola, signora, en la morada de un amigo verdadero de vuestro padre, de un amigo que ha tenido la dicha de conservaros para vuestra familia, y que no evitará medio para sosteneros ó vengaros.

—¡Ah! ¡seria yo mas feliz si me hubiéseis dejado en el fondo del Fiora!... ¡Dios lo ha dispuesto así, bendito sea! Pero cómo me presentaré delante de aquel anciano padre? ¡Ah! signor cavaliere, añadió con tono humilde, cruzando las manos y aplicándolas á su rostro angelical; vos que tanto habeis hecho ya por mí en nombre del Señor, envid á alguno que haga sabedor á mi padre de que no he muerto! ¡Oh Dios! ¿quién sabe si vivirá todavía mi padre, él que solo se ocupaba de mí en el mundo, y que debe creer al presente que ha perdido el único objeto que le hace apreciable la vida!

Las esplicaciones de Rosa manifestaron claramente á Memmo que antes de abrazar la resolucion desesperada que saliera fallida, habia enviado una carta á su padre para anunciarle la seduccion de que habia sido víctima, el estado en que se hallaba, y su firme resolucion de no sobrevivir al deshonor. Adelchi, con la ayuda de promesas de casamiento y del prestigio de la fortuna y de la posicion social, habia arruinado á aquella inocente criatura. No obstante, el alma del generoso caballero abrigaba todavía esperanzas seductoras: declase á sí mismo que habiendo vencido una vez la primera y terrible impresion de aquel golpe fatal, Meo de Ischia pensaría en la venganza; que el conde temiendo un estallido, convencido de la fealdad de su traicion, solicitado por todos los medios que Memmo se proponia poner en práctica, impresionado por el mérito singular de Rosa, se decidiría acaso á reparar el daño que habia causado. Despues de haberse esforzado para consolar á la infeliz jóven participándola las probabilidades que entreveía en favor suyo, dió principio á la obra de reconciliacion mientras que Rosa trataba de reposar.

—Toma dos caballos, mandó á Mariaccio, corre á Gricciano; y si encuentras al señor Meo, dile que su hija se halla fuera de peligro y que le espera aqui: si no, búscale por todas partes, y no vuelvas hasta que le encuentres. Márchate despues á la Rocaccia, preséntate al conde, refiérole de parte mia lo que ha ocurrido, y maniéstale que si mañana no quiere oír se le proclama por todo el ducado de Castro como el sicario mas vil é infame de toda la Italia, se presente aqui inmediatamente donde Rosa y yo tenemos que hablarle de cosas que atañen al honor: refiérole mis propias palabras, te lo mando.

—Sereis obedecido puntualmente, dijo sonriendo el hombre de Canino, que estaba satisfecho al parecer de tener que desempeñar semejante cometido: lléveme el diablo si no le digo que es el sicario mas infame de todo Castro, y que venga inmediatamente: de lo contrario, desgraciado de él.

Memmo, despues de haber intentado rectificar la version inexacta de su favorito, le recomendó se pusiese en camino al momento y fuese presuroso.

—Presuroso! exclamó Mariaccio: iré como una bala: mi caballo viejo quedó allá abajo bebiendo la *torbolina*, y este valia como dos: ó reventaré un par de rocines, ó regresaré aquí en el momento: arriesgo mi vida, sor padrone! Y fué á ensillar su caballo.

—En cuanto al *contaccio*, mi señor se ocupará de él; pero Sbudella, yo me encargo de él! decía en alta voz, mientras que metiendo espuelas á su caballo y conduciendo otro de la brida, corría á rienda suelta, tropezando á cada paso á causa de las tinieblas, en las piedras enormes de la Torraccia.

Llegó allí en menos de un cuarto de hora, y vió la puerta abierta y luz en el interior; apresuróse á atar su propio caballo á una encina verde, mientras que las bridas del otro estaban pasadas al pomo de la silla del primero; y fatigado todavía entró precipitadamente en la morada del *condottiere*. Sus miradas impacientes le buscaron en vano en la sala gótica muy conocida del lector: solo Timon, acurrucado segun su costumbre bajo el cañon de la chimenea reconoció un amigo de la casa, y le acogió moviendo la cola; pero habiéndose aproximado á la puerta del aposento inmediato, que estaba entreabierta, oyó la voz de Memmo en el piso superior. Placentero por aquel encuentro, subió la escalera, y habiendo llegado á la meseta permaneció inmóvil de asombro ante el cuadro que se ofreció á su vista. Meo de Ischia, en pié en su aposento, acababa de cargar su arcabuz, repitiendo maquinalmente muchas veces algunas frases inconexas de la carta de su hija: sus ojos, fijos de un modo siniestro en aquel escrito que se ostentaba en su lecho, no se separaban de él sino para prestar la atencion necesaria á su tarea. Todas las piezas de su traje de los Maremmes se hallaban esparcidas acá y acullá por el aposento, y el magnífico uniforme de teniente general de infanteria hacia descollar la magestad de un rostro guerrero, ennoblecido por el honor. Este uniforme consistia en un colete azul con bordados de plata en todas las costuras, recargado de alamares, cordones y eretes del mismo metal, con una valona adornada de trencillas de pasamaneria y las mangas casi completamente cubiertas por siete galones, distintivo en aquella época del grado eminente que Meo de Ischia ocupaba en el ejército: una cartuchera y un tabalí idéntico á los de Adelchi y Gandolfi; una ancha faja blanca y amarilla, magníficamente interrumpida de espacio en espacio por nudos de plata muy complicados que llevaba en sus dos estremidades dos soberbias borlas del mismo metal; calzónes cortos de terciopelo blanco con acuchillados de azul artísticamente abombados, sujetos á la rodilla por una rica abrazadera: medias de seda blanca, botas de campana, armadas de espuelas de plata de anchos acicates, y por último un sombrero á la española adornado de plumas y bordados, completaban aquel aparato verdaderamente imponente; pero la espada de Pedro Luis, cuya pedrería deslumbraba, pendia de su lado izquierdo.

Meo, despues de haber concluido de cargar su escopeta con sumo cuidado, se entregó á una profunda meditacion recostado sobre el lecho, con la cabeza inclinada, descansando el pié izquierdo sobre el pavimento y con la pierna izquierda puesta sobre la derecha. Despues de algunos momentos de inmovilidad, durante los cuales su rostro varió de color mil veces, desenvainó la espada del duque, la aplicó con las manos á su boca, y con los ojos elevados al cielo, la besó con fervor: entonces tocó repetidas veces la punta y la envainó.

—¡El golpe es harto cruel! no lo puedo sobrellevar. Cinco de noviembre! exclamó con voz siniestra. Veinte años hace hoy que tomamos á Parma. Hoy el seductor de mi malograda Rosina morirá, y hoy el tañido de las campanas anunciará la agonía de Meo de Ischia.

Sin embargo Mario habia permanecido como petrificado al aspecto imponente del ultrajado *condottiere*. Por último, saliendo de su letargo, se aproximó tímidamente y le dijo:

—Valor, *illustrissimo*, la señorita Rosina me encarga os diga que mi señor la ha sacado del Fiora y que se halla en Tor-Crognola donde os espera.

El respetable soldado miró en un principio con una expresion indecible de sospecha al portador de tan feliz mensaje; una sonrisa sardónica levantó ligeramente su blanco bigote: despues cual si hubiese creido que el enviado iba á burlarse de su desesperacion, lanzóse furioso á su encuentro, dirigiéndole una mirada tan feroz que Mariaccio, en despecho de su valor, retrocedió asustado hácia la escalera. Pero el veterano se detuvo bruscamente, aplicó sus manos á su frente ardiente y permaneció un momento inmóvil. Por último, sus facciones se despejaron, agitáronse sus labios como para sonreír, y atundantes lágrimas, acaso las primeras, surcaron sus me-

jillas. Sí, lloraba por haber sido sabedor de felicidad tan inmensa el que habia contemplado impasible la desgracia mas terrible que pesara sobre él.

Empuñó con una mano su arcabuz, y adquiriendo todo el vigor de la juventud, estrechó con la otra el brazo de Mario con la fuerza de un toro, y le arrastró violentamente por toda la escalera y hasta la parte afuera de la casa, antes de notar las contorsiones que hacia su compañero á causa de la impetuosidad de aquella carrera: lo hubiera arrojado con el mismo ímpetu sobre el camino de Tor-Crognola, si Mario, sosteniéndose con sus piés para resistir aquel impulso, y mostrándole los caballos atados al árbol, no hubiese exclamado:

—¡Eh! sor Mio, *per Crillo*. ¡Bendígaos Dios! ¿queréis pues romperme ese brazo? Si se me permite hablar, salva vuestra opinion, ¿no sería mejor aprovechar el caballo que he conducido aquí expreso?

Meo de Ischia se apresuró á aprovecharse del consejo, y Mario, libre por fin de aquella terna humana, pudo respirar á su albedrio. Precedidos del fiel Timon, galoparon hácia el castillo de Memmo.

El hombre de Canino, durante el camino, esplicó al *condottiere*, ávido de pormenores, todas las particularidades del acaecimiento que habia salvado la vida de Rosa. ¡Con qué ligereza subió Meo la escalera de Tor-Crognola! Habiendo encontrado al señor del castillo en la sala principal, solo lo vió para preguntarle maquinalmente: «¿Dónde se halla?» mientras que un instinto paternal le conducia al parecer directamente al aposento en que reposaba la malhadada hija. El antiguo oficial, al entrar, despues de haber colocado con ligereza su arma en el hombro derecho, levantó los brazos para bendecir á su hija; y esta, al oír aquella voz y ver á su padre ante ella, exhaló un grito agudo, que quizá no era únicamente intérprete de la alegría, y cayó desmayada, no sin haber pensado sin embargo en aquel primer acto de la misericordia paternal. El pobre Meo, casi fuera de sí, estaba abatido, y fué difícil á Memmo reanimarle, para que se prodigasen á su hija los auxilios necesarios. Tan pronto como aquella plenitud de sentimientos abrió paso á la reflexion, el antiguo general, contemplando al caballero con ternura paternal, le abrazó, colmándole de la expresion mas viva de reconocimiento, y llamándole con el dulce nombre de hijo, de salvador, de eterno ídolo de su alma. Memmo, aunque un tanto turbado por aquella expansion sincera, contestó á ella, mostrando del mejor modo posible la verdadera satisfaccion que toda alma que abriga sentimientos loables, debe experimentar en ocasion semejante: contestó á ella, especialmente con objeto de que participara Meo de Ischia de las esperanzas que él mismo habia concebido. Hizole ver la probabilidad de una pronta y satisfactoria reparacion, resultado de una entrevista que se verificaria muy pronto por sus cuidados entre el conde y Rosa; y hasta entonces hizo al padre prometiera esperar con tranquilidad; promesa que no le fué difícil obtener.

—La mejor reparacion existe aquí dentro! decia siempre el veterano de Ischia golpeando con la palma de la mano sobre la boca de su arcabuz. Y al hablar así, consultaba únicamente á su honor ultrajado; pero por último, seducido por esa vaga esperanza que jamás abandona á los desgraciados, consintió en lo que pretendia el salvador de su hija, aunque estaba muy lejos de participar de todas las ilusiones que Memmo ostentaba. Este mismo, es preciso decirlo, no creia completamente en la realidad de la perspectiva que mostraba para el porvenir; pero disfrazaba sus dudas en virtud de los motivos mas honrosos.

La llegada del autor de sus dias ejerció sobre Rosa la influencia mas benéfica; pocos instantes transcurrieron, antes que, vuelta en sí misma, se viese estrechada entre los brazos paternales. Los felices de la tierra, aquellos que han hallado en la vida de familia un curso no interrumpido de tierno afecto, aquellos pueden trazarse á sí mismos la descripcion que una alma corrompida por una existencia arriesgada no tiene valor para intentar. Diré únicamente que el caballero se inundaba en llanto, y que padre é hija se embriagaban en mútuo afecto sin proferir una palabra.

Prolongaban de este modo una escena cuyo interés arrebatada, cuando el ruido de las armas y pasos de muchas personas que subian la escalera, resonó de repente en la casa. Oyóse la voz del conde, y Meo, desmintiendo por decirlo así sus promesas, exhalando por todos los poros de su cuerpo el odio que se despertaba en él al mero sonido de aquella voz, Meo se dirigia ya hácia su fiel escopeta. El caballero y Rosa, á fuerza de súplicas, le persuadieron se retirara á un gabinete inmediato, de donde podria oír, sin ser visto, el resultado de la explicacion que iba á mediar entre Adelchi y su hija.

En aquel momento, el conde, seguido de Gandolfi, Cochi y Zambini, entraba en el salon donde Memmo habia ido á recibirle.

—Lo veis, señor Memmo? dijo el conde; soy menos activo que vos. Aun cuando os retirásteis bruscamente de nuestra compañía, manifestando con altivez la mala opinion en que nos teniais, me ha bastado un aviso de parte vuestra para que me pusiese á vuestras órdenes á esta hora tan avanzada de la noche. Verdaderamente, debéis

esta atención á la acción loable por cuyo medio habeis suspendido á tiempo los efectos de la locura de una desgraciada jóven. Podiais sin embargo haberme enviado un mensaje mas atento, y sobre todo un embajador que tuviese el aspecto y modales de caballero. Si no hubiera sido por consideraciones á vos, hubiera mandado á mis criados le arrojaran por la ventana.....

—Podiais haberlo ensayado, interrumpió Memmo. El conde prosiguió:

—Confo en que no os halleis dispuesto á apropiaros sus palabras, sin que las felicitaciones que merecen vuestro valor y generosidad abran paso á las consecuencias terribles de la justa cólera de un hombre de mi clase.

Memmo escuchaba aquella arenga diplomática con todo el desprecio que le inspiraba el orador, mientras que los amigos de Adelchi aplaudian con innumerables demostraciones y ademanes. Al proferir la baladronada final, faltó poco para que no contestase en términos análogos; pero se contuvo al pensar en los amigos que se hallaban próximos á él, y que estaba decidido á salvar.

—La idea que debo concebir definitivamente de vos, dijo, depende completamente de los sentimientos que os produzca el espectáculo, al cual voy á convidaros por interés á vuestro honor. Un deber sagrado os reclama, y os ofrezco la ocision de llenarle. Rosa arrancada de una muerte cierta por la misericordia divina, secundada por mi débil brazo, se halla en el aposento inmediato: aproximaos á ella, señor conde, si vuestra existencia disoluta y tiránica no ha destruido en vos todo gémen de honor y de sensibilidad; id, seductor, á sostener la presencia de esa miserable víctima que, antes de caer en vuestras emboscadas diabólicas, descollaba por su hermosura y virtud entre todas sus compañeras; id, y si no os conmueve esa vista impresionable, esa voz digna de los ángeles, caiga sobre vuestra cabeza la cólera de Dios, y que mi mano sea su ministro!»

Aun cuando Memmo no carecia de talento, jamás se le habia oido espresarse con tanta energía y dignidad. En aquel momento todas sus ideas eran instintivas: en pie, en el dintel del aposento inmediato al en que Rosa se hallaba acostada, su estatura aparecia gigantesca; el tono de sus palabras, lejos de participar de la cólera, era lento, grave, solemne como la voz de un hombre que reprende tranquilamente á su inferior. ¡Oh poder! ¡oh triunfo de la justicia y la virtud sobre el vicio y la iniquidad! El soberbio conde de Montanto, casi fascinado por aquel vivo apóstrofe, se encogió de hombros. Después, murmurando dijo: «¡Por el santo cordon! ¡Qué predicador tan sobresaliente!» Y tratando inútilmente de reirse, pasó al aposento próximo, donde halló á la jóven incorporada en su lecho. El caballero, cual si nada fuera, formó círculo con los tres oficiales.

La conferencia entre Rosa y el conde duró largo tiempo; y aunque no se pudieron comprender las palabras, un tono de voz humilde, animada, sumisa y afectuosa distinguia las de la jóven; los discursos del conde se reconocian por su perplejidad, perfidia, y algunas veces cólera. Ofase por último á la primera, que recordaba una promesa sagrada; luego á su interlocutor que la respondia con una voz distinta de este modo:

—En adelante, todo discurso es inútil: mis relaciones, mi posición, mis costumbres me prohíben enlazarme con una infeliz aldeana, hija de un oficial que no goza del favor del soberano; con una muger que, siento decirlo, se ha deslizado del sendero del honor. Estoy muy lejos ciertamente de vituperarla, puesto que lo ha verificado por el amor que me profesaba: no seré, pues, ingrato. Es justo, conviene á la posición que ocupo en la sociedad reparar el daño que ha pedido causar uno de mis caprichos..... Aquí el conde se interrumpió para prestar oido á ciertos suspiros que en el gabinete próximo exhalaba el desgraciado Meo. Prosiguió inmediatamente, dirigiendo una mirada indiferente á la pobre abandonada, muy abatida é incapaz de oírle.—Páreceme que no puedo hablar mas favorablemente: he empeñado mi palabra: mañana se presentará mi primer intendente en vuestra casa con la escritura de donacion de la casa que habitais, y el contrato de una renta de mil ducados anuales. Esto es lo que.....

Un golpe violento que hizo añicos la puerta del gabinete, interrumpió al conde; y Meo de Ischia demudado, furioso, con la muerte en la mirada, se arrojó á él con la rapidez del relámpago.

—¡Hé aquí lo que mereces, infame! Sabe que no encierran tus cofres bastantes ducados para comprar el honor de Meo de Ischia; ese honor, ¡toda tu sangre no podia comprarlo! De este modo gritaba el *condottiere* que habia asido al conde de la garganta. Aunque Adelchi se defendia con valor, no pudo impedir al veterano le arrancase del cinturón su propio puñal para atravesarle con él el pecho. Meo llevaba ya el arma con el brazo tendido; y el golpe amenazaba ya, cuando la mano atlética del bravo de Castro se interpuso muy á tiempo para desviarle. Rosa se habia desmayado desde el principio del ataque. Memmo, Cochi y Zambini se ocupaban en librar á Adelchi, ahogado por la opresión furiosa del veterano. Sus esfuerzos unidos tuvieron por fin un éxito favorable. Meo arrojó el puñal lejos de él; y levantando á su hija que habia caído de nuevo sobre su lecho, la estrechó frenéticamente contra su corazón; besó su frente

bañada de un sudor frio; lanzó al conde una mirada feroz y desesperada, y sin contestar á Memmo, que procuraba contenerle, partió con tanta precipitación, que se hubiera podido creer que su furor se habia convertido en demencia verdadera.

El conde de Montanto, libre de aquellas manos terribles, y habiendo vuelto en sí de su sorpresa, prorumpió en injurias contra el jóven caballero, con razones tanto mas aparentes, cuanto que Mario, seguido de algunos hombres de armas acudia amenazador al ruido de la lucha. En vano Memmo les hizo se retirasen inmediatamente; en vano Gandolfi y sus dos compañeros protestaban contra la ayuda eficaz que habia prestado el caballero para librar al conde.

—¡Ah, traidor! vociferaba este blasfemando: ¿eres tú, infame, quien me has hecho venir aquí para asesinar-me; tú quien has apostado á ese anciano loco para que me degüelle sin defensa? Antes del ocase me pagarás todo esto; morirás por mi propia mano. Y profiriendo aun las invectivas mas obscenas y sangrientas, terminó por desafiarme formalmente.

La mision de Memmo habia terminado; su intervencion prudente y pacífica habia salido frustrada contra la maldad y la susceptibilidad de su alma ardiente, permaneciendo entonces dueña única, y no conteniéndole ya lazo alguno, dijo:

—Vé á proferir ese lenguaje entre los que están á tu servicio. Si quieres venir á las manos, es todo lo que exijo: ha mucho tiempo que dos balas de los Maremmes debian haber atravesado á este *Guitto* (1) lombardo.

—¡Guitto, el conde de Montanto! ¡el amigo del duque Pedro Luis! exclamaron á la vez el bravo de Castro, Cochi y Zambini; imitando el ejemplo de su gefe que, empuñando sus dos pistolas, amenazaba venir á las manos sin otro preámbulo.

—¡Alto ahí! dijo el señor del castillo con amarga sonrisa. ¡Sí, él Guitto! ¡y vosotros malvados! ¡asesinos! ¡Si haceis el menor movimiento, el pedazo mayor que quedará de vuestro cuerpo será la oreja! Memmo dió entonces tres silbidos en un todo diferentes á los de costumbre, y Mariaccio, que temiendo un segundo altercado habia permanecido á su alcance, apareció de improviso con todos los hombres de armas de Tor-Crognola.

—¿Es preciso frotar las costillas de estos perros con vuestras escopetas? preguntó el hombre de Canino con tono furioso.

Memmo le hizo enmudecer por medio de un ademán imperativo.

—¿Lo veis? dijo á sus adversarios, si me asemejase á vosotros, podria hacerlos arcabucear como á patos. ¡Ah! peleais cuatro contra uno! ¡qué soldados tan brillantes tiene nuestro duque! Diráse que jamás ha ocurrido en mi casa cosa semejante; pero si pretendéis algo de mí, hoy á las diez os espero en los larghe de Sughera-Torta.

Los cuatro miserables (¿qué otro nombre debe dárselos?) que, á la vista de los hombres de armas de Memmo, y sobre todo de las amenazas de Mariaccio, habian palidecido todos, no ansiando permanecer por mas tiempo en frente del enemigo, bajaron la escalera presurosos, y sin que nadie se opusiese á su retirada.

—Sí, añadió el señor del castillo siguiéndoles con paso lento hasta la esplanada: hoy se fijará una cruz en un foso, para tí, conde, ó para Memmo de Tor-Crognola!

—¡Para el conde! ¡para el conde! tal fue el grito unánime de todos los hombres de armas, los cuales, á pesar de su señor acompañaron la partida del conde de Montanto y de sus acólitos con la rechifla mas atronadora que se oyó jamás en los Maremmes.

IV.

Quando los oficiales montaron á caballo y salieron del patio de Tor-Crognola, la noche, testigo de tantas aventuras, abria paso á los rayos de la aurora. No lejos del castillo, bajo un peral silvestre viejo y frondoso, la elevada estatura de Meo de Ischia se mostró de repente á la débil luz del crepúsculo.

—¡Alto! exclamó el veterano presentándose con aspecto amenazador delante del caballo de Adelchi; y asiendo la brida dijo:

—Tenemos que arreglar unas cuentas al salir el sol; tú que eres tan atrevido cuando se trata de arruinar á infelices jóvenes, ven allá abajo, al Frassinetto, si tienes valor; es terreno á propósito para un desafío de arcabuz.

—¡Buen hombre! contestó el conde con altivez; ¿buscas alguno

(1) *Guitto*, vil. Es la injuria mas grave que pueda proferir un habitante de los Maremmes. Hánse llamado propiamente así ciertos miserables de la hez del pueblo de Lombardia; quienes, abandonando temporalmente su pais natal, iban á trabajar todos los estios á los Maremmes como segadores. No se verificaba robo ó crimen de que no fuesen culpables estas bandas innumerables; por esta causa una porcion de lombardos por una venganza justa de sus esforzados habitantes permanecieron para siempre en este territorio que sus cadáveres abonaron.

para que te mate? Vete á romper la cabeza donde quieras; la desgracia de tu hija nada añade á su precio. Ahora mismo queria procurarte un pedazo de pan, y vienes á desafiarme. ¡Atrás! ¡atrás! ¡ó te va la vida! porque si buscas pendencia conmigo, el conde de Montanto jamás ha retrocedido.

—¡Bendito sea el Señor! exclamó el *condottiere* con alegría feroz. ¡Podré pues lavar mi honor con tu sangre!

En vano los tres amigos de Adelchi y este mismo, ignórase por qué motivo, intentaron aplazar el combate. El anciano, no respirando sino venganza, ultrajaba mortalmente á su enemigo á cada proposición de tregua. El amor propio del conde, la opinion general en aquella época, la presencia de sus compañeros no le permitían rehusar el desafío. Dirigiéronse, pues, todos hácia el lugar que habia indicado Meo, quien, á pie, siguió muy á su placer en apariencia y sin descansar, el trote de los caballos, con objeto de no perder de vista á su adversario. Habiendo llegado al pie de la colina redonda que confinando con el Paglieto, forma la entrada del Frassinetto, el lombardo y sus amigos echaron pie á tierra: el primero se colocó de medio lado con aire fanfarrón, las piernas separadas, y despues de haber renovado el cebo de su escopeta, hizo ademán de apuntar al hombro del anciano, que le habia vuelto la espalda para medir el terreno; los segundos se habian separado con sus caballos.

En aquel momento, una porcion de mugeres, que iban al desmonte, aparecieron en la cima de la colina, y aunque asustadas, se detuvieron con toda la curiosidad femenil, para contemplar los preparativos funestos. Dos únicamente mas atrevidas que sus compañeras, se habian adelantado no lejos del conde; la una permanecia sin embargo un tanto detrás de la otra, que habiendo subido á un cerro hacia señas á la muchedumbre para que fuese, como si acabase de descubrir un objeto que les incumbiera. El brutal Adelchi, impacientado por aquellos ademanes, exclamó:

Ved: esas necias vienen á presenciar nuestro combate! Me incitan á satisfacer su curiosidad inmediatamente, á fin de verlas coger las de Villadiego.

Toda la muchedumbre femenina, al llamamiento de su compañera, continuaba avanzando imprudentemente: el conde, sin mas preámbulos, cogió una pistola, y la disparó en direccion de las temerarias mugeres. Inmediatamente la muger que se habia adelantado mas, cayó herida, como por el rayo, de lo alto del cerro al que habia subido.

—Ah! mi querida mamá! exclamó la que caminaba la segunda, precipitándose sobre el cadáver.

Al oír aquella voz el *condottiere*, que no habia notado todavia la presencia de las mugeres, se volvió como impulsado por un sacudimiento eléctrico. El crepúsculo permitia ya se distinguiesen los objetos, é iluminaron un espectáculo triste para el veterano. Nena, que á la desaparicion de Rosa habia reunido la cuadrilla femenina, entre la cual se hallaba su hija, y que juntamente con ella habia pasado toda la noche buscando á la malhadada hija, estaba allí tendida muerta, y formando un conjunto con la pobre Fioretta, desmayada sobre el cuerpo de su madre.

—Ah verdugo! gritó con voz atronadora el anciano Meo de Ischia.

Y dirigió inmediatamente el cañon de su arcabuz hácia el asesino. Su voz, su actitud eran sobrehumanas, y tales debieron parecer á los ojos del lombardo, porque, extraordinariamente turbado, violó las leyes tradicionales de un combate singular; leyes que el último aldeano de los Maremmes se hubiera avergonzado de no observar con rigor. Este hombre, que hasta entonces se habia mostrado intrépido, impedido repentinamente por idea mas vergonzosa, el miedo, fué á ocultarse detrás de un fresno. Una especie de recuerdo maquinal de su antiguo valor pudo únicamente prestarle ánimo para que se dispusiera á corresponder al fuego inminente del *condottiere*: este, en efecto, á la incierta claridad de la aurora, apuntaba á la parte de la cabeza que el conde esponia con timidez para disparar él mismo su arma. Meo de Ischia, con su ojo de halcon aplicado á la culata, el pulso tan tranquilo cual si su cuerpo hubiera sido de hierro, disparó; las balas silbaron, y la corteza del fresno, tras del cual se ocultaba el conde, voló en mil pedazos á una pulgada sobre su cabeza. El infeliz Meo no tenia tras de sí árbol alguno, y aun cuando lo hubiese tenido, su generoso valor no le hubiera permitido aprovecharse de él. El antiguo general al disparo del conde, que sucedió inmediatamente al de aquel, cayó miserablemente asesinado sobre la yerba del Piano, que cubria una blanca escarcha.

—Oh Dios! qué me ha sucedido? Oh pobre hija mía! exclamó, esforzándose á aplicar sus manos á las heridas, que dos balas, atravesándole el cuerpo, le habian abierto bajo el diafragma. La sangre que corria en abundancia de ambas partes, y que pasaba á través sus dedos, incapaces de contenerla, formaba ya una balsa en rededor suyo. Timon, ahullando del modo mas doloroso, lamia el rostro y las manos de su amo, inmóvil y completamente tendido de espaldas.

Gandolfi, Cochí y Zambini, sensibles todavia á cierta conmiseracion, se aproximaron para asistirle, maldiciendo la felonía del asesino.

no. En cuanto á este, despues de haber permanecido algunos momentos inmóvil, como para representarse todas las consecuencias crueles de su infamia, buscó su caballo, le montó de un salto sin tocar los estribos, y lo dirigió á rienda suelta por el camino de la Rocaccia, cual si le persiguiesen mil fantasmas.

Sin embargo, algunos pastores del Piano, testigos del desafío de Meo, habian avisado de ello, ignorándose cómo, al señor de Tor-Crognola, quien se dirigió inmediatamente hácia el Trassinetto. El extranjero que habia llegado la víspera, manifestando que participaba vivamente de la inquietud de Memmo, quiso seguirle. Este viagero, en la confusion que reinaba en el castillo, fuese á causa de la poca estension de los aposentos, fuese por cualquier otro motivo conocido de él, habia sido testigo, si no de todas las escenas nocturnas, al menos su observador atento, y presagiaba que el asunto terminaria en una catástrofe sangrienta. Aseguró al caballero que, si llegaba á tiempo, ciertas relaciones que él mismo habia tenido con el conde, podrian evitar la efusion de sangre; y ambos aceleraron el paso de sus caballos. Solo trascurrió un corto intervalo antes que el espectáculo de un doble homicidio se ofreciese á su vista. No lejos de Fioretta, desmayada sobre el cuerpo inánime de su madre, el antiguo general, rodeado de los amigos de su asesino, tocaba ya al último momento de su gloriosa carrera. Cuando el extranjero y Memmo se apearon de sus caballos y se aproximaron vivamente á aquel grupo, Gandolfi, Cochí y Zambini, confusos y estupefactos, con la cabeza descubierta, se separaron con demostraciones del mas profundo respeto. Meo de Ischia paseó en derredor suyo su mirada casi lánguida.... De repente la sangre, que habia absorbido alrededor de él un ancho espacio de terreno, volvió al parecer á sus venas; el color apareció de nuevo en su rostro; las arrugas de la vejez desaparecieron; su mirada brilló con un fuego insólito; todo rejuvenecia en él al parecer: trató de levantarse, y comprimiendo sus heridas como para retener el alma disuelta á separarse de su cuerpo, exclamó enérgicamente con tono halagüño y victorioso:

—¡Pedro Luis (1)!

Toda la historia de su vida se reasumia en esta última palabra. El glorioso recuerdo de sus hazañas, despertado en él por la presencia de su soberano y compañero de armas, habia hecho desaparecer su letargo, derramado un bálsamo en sus crueles dolores, y cubierto con una capa celestial la agonía del veterano. Despues de este esfuerzo sin embargo, la poca sangre que quedaba en sus venas se derramó por todas partes. La palidez de la muerte se fijó en su rostro magestuoso: el antiguo *condottiere* cayó de nuevo, y estrechando convulsivamente con su mano izquierda la espada de Pedro Luis, que habia ceñido en su última batalla.... murió.

Su mano derecha, echada detrás de la cabeza, rodeaba con el brazo su blanca y respetable cabellera. Sus ojos, aunque vidriosos, sus facciones, aunque lívidas, ofrecian la exacta y sublime imagen de una muerte hallada en un esfuerzo heróico. Las manchas de sangre que enrojecian los bordados de plata de su espléndido trage, hacian mas singular aun el aspecto del cadáver.

El primer rayo del sol al dorar las sombrías cumbres de las montañas, reflejó en el rostro del guerrero difunto, é hizo brillar como el destello del diamante una lágrima que Pedro Luis acababa de dejar caer en él.

Todas las grandes acciones de Meo acudieron entonces en tropel á la mente del soberano. Volvióse con aire melancólico y sombrío hácia Gandolfi, y le habló imperiosamente, aunque en voz baja. Apenas habia concluido, cuando el bravo de Castro marchaba á todo escape con direccion á la capital.

La palidez de la muerte habia cubierto igualmente las mejillas del señor de Tor-Crognola. Sin ocuparse del príncipe, cuya presencia le habian revelado las últimas palabras del veterano, examinó friamente el cebo de su carabina, despues montó á caballo, y hundiéndose por primera vez el acicate en los hijares de Bella Magna, la lanzó con rapidez por el camino que habia emprendido el *contaccio*.

Al rayar el alba al dia siguiente, vióse ondear la bandera del duque en las murallas de la Rocaccia de Montanto. En la noche anterior, dos de las bandas negras de Pedro Luis, conducidas por el bravo de Castro, habian tomado posesion del castillo en nombre del soberano. Una larga hilera de malhechores aborrecidos formaba al rededor de las murallas un batallon horrible de cadáveres: veíanse en la primera fila á Sbudella, Scifanello y Magna-Pezzo.

La víspera no se habia visto á Adelchi en el castillo ni volvió á aparecer en él.

Durante algun tiempo, ignoróse completamente la suerte del *contaccio*. Por fin, unos porqueros descubrieron en las malezas y pastos de Gricciano un cadáver enteramente despojado por los lobos y los

(1) Pedro Luis, príncipe de Farnesio y de Castro, que interviene en el desenlace del drama, es el mismo soberano, cuyas hazañas en el sitio de Parma fueron referidas mas arriba por Meo. El lector recordará sin duda que Pedro Luis en este mismo combate sacrificó á su venganza al conde Orsini, señor de Soriano, y asesino de su hijo Pablo Farnesio.

buitres. Algunos restos del vestido, y sobre todo de las armas, hicieron conocer que el esqueleto era el del conde de Montanto. Su caballo favorito, Buttufuoco, que se habia hecho salvaje, vagó mucho tiempo por las inmediaciones de la Rocaccia, buscando inútilmente la mano bienhechora de Sbudella que le cuidaba siempre; los pastores que veían por la noche al gigante caballo negro vagar sin guía en las espesas enramadas, le creyeron el alma condenada del infuoso señor del castillo.

La Rosa de Castro no sobrevivió mucho tiempo al trágico fin de su desgraciado padre. Como era imposible trasportarla á otra parte, tuvo que languidecer y morir en Tor-Crognola, á pesar de los asiduos cuidados del caballero, y aun del mismo Pedro Luis. Ese vapor blanco y aéreo que hemos visto muchas veces seguir la carrera de nuestro caballo en las márgenes del Fiora, en las inmediaciones de la misma morada de Memmo, y entre los escasos árboles de las landas salvages del Piano, ¿no podrá ser quizá la aparición simbólica de la cándida y desgraciada Rosa de Castro?

Gandolfi fué muerto pocos años despues en una reyerta ocurrida en la hosteria de Castro, cuyas ruinas se ven aun en el día.

Como toda novela debe concluir por contraer matrimonios, men-

cionaremos el enlace de Mario y Fioretta, que se verificó algun tiempo despues de la catástrofe. La linda hija de Nena, como otras tantas flores cuyos encantos hemos podido admirar, no conservó mucho tiempo entre los brazos de un marido toscó toda la elegancia de su talle.

¿Habeis visto alguna vez, en medio del camino rodeado de selvas que conduce de Pietr-Fitta al crucifijo de Castro, una roca enorme con cuyo motivo refiere la tradicion que fué precipitada de la montaña abajo por los habitantes de Castro, y que aplastó á diez soldados del general Vidiman, condottiere de las tropas del papa que habian invadido el ducado? Si no me engaño, las manos del señor de Tor-Crognola fueron las primeras que atacaron aquella masa formidable para hacerla rodar sobre los sitiadores.

El hombre de Canino, siempre fiel y agradecido para con su señor, vivió á su lado, y con él halló la muerte en aquella defensa heroica que los habitantes de los Maremmes

opusieron á los agresores innumerables que enviara la Santa Sede. A pesar de todos sus esfuerzos, el estrangero triunfó y pudo proceder á la destruccion cruel é injusta de la ciudad de Castro; aquella capital floreciente del ducado de Farnesio es hoy la guarida de los animales feroces de nuestros campos.



Le apuntaba á la cabeza.



Muerte de Meo.

FIN DE ROSA DE CASTRO.

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

A OBRAS Y PERIODICOS DE ESPAÑA Y DEL ESTRANGERO.

CALLE DE JACOMETREZO, NUM. 26.

La empresa que publica el SEMANARIO PINTORESCO, LA ILUSTRACION, LA BIBLIOTECA UNIVERSAL Y LAS NOVEDADES, acaba de abrir un gran despacho de estas publicaciones, en el piso bajo de su establecimiento.

Este despacho no tiene solo por objeto la admision de suscripciones á las publicaciones citadas; nos proponemos que sea un centro general de abonos y pedidos á la mayor parte de las obras y periódicos que aparecen en España y en el extranjero. El ensanche que acabamos de dar á nuestras relaciones con las principales empresas literarias de Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Italia, Portugal y estados Norte-americanos y la correspondencia activa que mantenemos con ellos, nos pone en el caso de servir todo género de suscripciones y encargos de libros y periódicos, con una facilidad y una economía notables.

Los autores y editores tanto de España como del Extranjero, además de las ventajas que alcanzarán autorizando á nuestro centro de suscripciones para recibir abonos, por lo beneficioso de las condiciones que les daremos á conocer, por lo bien situado que está en una de las calles mas concurridas de la corte, por lo frecuentado que es, como despacho de las cuatro publicaciones que damos á luz, y que tan gran número de suscritores cuentan, y porque en él tendremos siempre espuesto el último número ó entrega que se nos remita, gozarán de otro beneficio, que no es el menos notable, de una publicidad inmensa y gratuita, en los catálogos que mensualmente publicaremos en las cubiertas de nuestras obras, y con mas frecuencia en el diario político LAS NOVEDADES.

Hé aquí los periódicos extranjeros á los cuales admitimos desde luego suscripciones, y los precios que hemos establecido para la mayor parte de ellos:

	Un año.	Seis meses.	Tres meses.		Un año.	Seis meses.	Tres meses.		Un año.	Seis meses.	Tres meses.
Abeille medicale.	58	»	»	Gazette des hospitaux civils et milit.	166	84	46	National (le)	270	146	74
Album de Roma (l').	60	36	20	Gazette medicale de Paris.	168	86	»	Nouveau Monde (le)	40	»	»
Amueblement (journal l').	128	66	»	Gazette des tribunaux.	296	154	82	Opinion publique (l').	290	150	78
Ami de la religion.	160	86	48	Globe.	»	»	»	Opinione	»	»	»
Annales de chimie et de phisique.	172	»	»	Journal des Chapeliers.	68	»	»	Ordre (el)	224	118	64
Annales des mines.	164	»	»	des chasseurs.	100	60	»	Palais de cristal (le)	»	100	»
Annales des ponts et chaussées.	164	»	»	des chemins de fer.	100	56	»	Patrie (la)	250	156	74
Assemblée nationale.	296	144	76	de connaissances medico-chi-	»	»	»	Petit courrier des Dames.	170	78	43
Artiste (l').	264	136	68	rurgicales.	356	178	94	Presse (la)	248	154	78
Caprice (le)	108	62	»	des Debats.	48	»	»	Repertorio d'agriculture.	»	»	»
Charivari (le)	356	170	86	des Demoiselles.	64	»	»	Republique.	216	110	60
Coiffeurs (le journal des)	56	34	»	de Economie.	170	94	»	Revue britannique.	256	154	78
Comptes rendus hebdomedaires séances de l'Academie des sciences.	256	»	»	du Magnetisme.	74	58	20	Revue catholique.	60	54	»
Conseiller des Dames (le)	68	»	»	de Mathematiques.	176	»	»	Revue des deux mondes.	270	158	72
Conseiller du Peuple (le)	52	»	»	des Marchans Tailleurs.	50	»	»	Revista popular de Lisboa (la)	30	16	10
Corsaire (le)	320	162	82	de pharmacie et de chimie.	84	»	»	Risorgimento.	»	»	»
Cours general de la Bourse de Paris.	108	86	44	Pour rire (le)	88	46	25	Secrets des arts.	160	»	»
Crónica de Nueva York (la)	200	100	50	des Tailleurs.	110	62	54	Semaine (la)	154	68	36
Daly News.	»	»	»	des villes et des campagnes, des maires, des cures, etc.	220	120	62	Siecle (le)	544	172	88
Dix Decembre.	240	150	68	Judeu Errante (o)	»	»	»	Spectateur militaire (le)	150	86	»
Droit (le)	228	126	68	Lion (le)	56	36	»	Standard.	»	»	»
Eco de Bruselas.	»	»	»	Lloyd.	»	»	»	Technologiste, ou archives des progrès de l'industrie francaise et etrangers.	100	»	64
Eco popular (o)	»	»	»	Magasin des Demoiselles.	68	»	»	The british library.	240	122	»
Elegant (le)	56	34	»	Magasin Pittoresque.	50	26	»	The Ladys Newspaper.	»	»	»
Emancipation de Bruselas (l').	»	»	»	Mode (la)	256	158	76	The Express.	»	»	»
Espres.	»	»	»	Modes Parisiennes (les)	150	76	40	Times.	»	»	»
Estafette (l').	206	110	58	Moniteur de l'armée (le)	64	»	»	Union (l') la France, la Quotidienne et l'Echo francais, reunis.	266	144	»
Estandarte (o)	»	»	»	Moniteur de la mode (le)	140	76	»	Union medicale.	170	92	»
Evenement (l').	240	122	64	Moniteur universel (le)	556	270	156	Univers.	264	158	74
Fashion (la)	64	38	»	Morning Herald.	»	»	»	Illustration francaise.	180	94	48
Follet (le)	140	74	40	Morning Chronicle.	»	»	»	Illustrated London News.	200	104	54
Foyer domestique (le)	170	»	»	Morning advertiser.	»	»	»	Illustrize Zeitung.	»	»	»
Galvani's Messenger.	460	248	152	Morning Post.	»	»	»	Weekhy Herald de Nueva York.	»	»	»
Gazette de France (la)	280	150	78	Musée des familles (le)	46	»	»				

Todo abono hecho en nuestro centro de suscripciones, será avisado á la empresa respectiva, para que le sirvan sin retraso, en el dia mismo en que se haga, siempre que sea antes de las cuatro de la tarde.

Es inútil dirigir cartas sin franquear porque se dejan en el correo.